

DESDE LA OTRA TRINCHERA

UNA HISTORIA QUE NACIÓ EN LAS GUERRILLAS COLOMBIANAS
Y DESDE ALLÍ FORJÓ UN COMPROMISO DE RECONCILIACIÓN

HÉCTOR J. PARDO

ESCRITO POR:

ALBA JUDITH SANTOYO

DESDE LA TRA TRINCHERA

UNA HISTORIA QUE NACIÓ EN LAS GUERRILLAS COLOMBIANAS
Y DESDE ALLÍ FORJÓ UN COMPROMISO DE RECONCILIACIÓN

HÉCTOR J. PARDO

ESCRITO POR:

ALBA JUDITH SANTOYO


Vida

La misión de Editorial Vida es proporcionar los recursos necesarios a fin de alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe

DESDE LA OTRA TRINCHERA

Publicado por Editorial Vida - 2006

Miami, Florida

© 2006 por Héctor J. Pardo

Edición: *Carlos R. Peña*

Diseño interior y de cubierta: *Cathy Spee*

Reservados todos los derechos. A menos que se indique lo contrario, el texto bíblico se tomó de la Santa Biblia Nueva Versión Internacional. © 1999 por la Sociedad Bíblica Internacional.

ISBN – 10: 0-8297-5104-1

ISBN - 13: 978-0-8297- 5104-8

Categoría: BIOGRAFÍA – AUTOBIOGRAFÍA / Religioso

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

06 07 08 09 10 ❖ 6 5 4 3 2 1

Esta historia cuenta parte de la vida del Pastor Héctor J. Pardo. Debido a que es una reconstrucción de sus recuerdos está afectada por los años que permaneció guardada en su memoria.

A todos mis amigos y hermanos en la fe que acaban de encontrar este libro, anhelo que el testimonio de este servidor pueda inspirarlos a luchar "desde la otra trinchera."

Su pastor y amigo

Contenido

<i>Prólogo</i>	7
CAPÍTULO I <i>9 de mayo de 1948</i>	9
CAPÍTULO II <i>10 de mayo de 1948</i>	15
CAPÍTULO III <i>Junio de 1949</i>	27
CAPÍTULO IV <i>1949-1951</i>	43
CAPÍTULO V <i>1952</i>	55
CAPÍTULO VI <i>Finales de 1952, inicios de 1953</i> ...	67
CAPÍTULO VII <i>1953</i>	77
CAPÍTULO VIII <i>1954-1955</i>	89
CAPÍTULO IX <i>20 de enero de 1956</i>	97
CAPÍTULO X <i>Mediados de 1956 a 1957</i>	105
CAPÍTULO XI <i>1959-1960</i>	111
CAPÍTULO XII <i>1970</i>	119
<i>Epílogo</i>	127
<i>Carta del pastor Héctor J. Pardo</i>	

Prólogo

Lo denomino «un auténtico revolucionario».

Porque revolucionario no son solo los que toman las armas, se van al monte y usan violencia para cambiar el status quo. Los verdaderos revolucionarios son los que producen cambios en la cultura, la política, la economía, las artes, la familia, comenzando desde sus propias experiencias transformadoras.

Héctor Pardo, estadista, pensador profundo, seguidor de Jesucristo, mi amigo del alma a quien admiro con todo mi corazón, es un auténtico revolucionario.

En su adolescencia vivió en un tiempo de incertidumbre como pocos. Hijo de uno de los ideólogos de las guerrillas colombianas, creció con mucho «olor a pólvora» a su alrededor.

Pero un día conoció personalmente al revolucionario de todos los revolucionarios: Jesucristo. En ese momento, Héctor entendió que su propia vida tenía que ser un testimonio viviente del cambio que él y todos anhelamos en América Latina, nuestra querida «patria grande». Este es el tema de este libro cautivador.

El historiador inglés Paul Johnson hizo un estudio fascinante en el que contrasta las enseñanzas de los más influ-

yentes líderes de la Edad Moderna con sus vidas privadas. Se pregunta: ¿cómo trataron a su familia, conciudadanos, empleados?

Rousseau, por ejemplo, tuvo cinco hijos ilegítimos con su empleada doméstica, a los que abandonó, uno por uno, a la puerta del orfanato del Estado francés que tanto criticó. Carlos Marx tuvo un hijo ilegítimo con Helene Demuth, el ama de casa de su esposa, al que nunca reconoció como hijo y forzó a la madre, a entregárselo a otra familia. Y qué de las dos mujeres del Che Guevara con las que tuvo hijos.

Y podríamos seguir mencionando casos de derecha y de izquierda. ¿Cómo nos hemos dejado llevar por ideólogos, guías ciegos de seguidores ciegos, dándoles credibilidad cuando sus vidas hablan claramente de la falta de fundamento moral?

La verdadera revolución comienza cuando un ser humano conoce íntimamente a Jesucristo.

Doy una cálida bienvenida a este libro fascinante de un gran autor, el Dr. Héctor Pardo, el que con su vida y acciones representa el amanecer de esperanza que está comenzando en América Latina; una América Latina que de sus heridas, abusos, despojos, se levanta como un continente nuevo para gloria de Dios, del Hijo y del Espíritu Santo. Muchas gracias Héctor por esta obra extraordinaria.

Dr. Alberto H. Mottesí

Capítulo I

9 de mayo de 1948

El niño los miraba desde lejos, desesperado. Corrió hacia la casa y, de repente, todos lo vieron aparecer en una ventana del segundo piso. En sus manos llevaba un paquete redondo, una bola color claro, tan grande como la cabeza del pequeño. Cuando los amotinados tras la puerta lo vieron impulsarse para lanzarla contra ellos, pensaron que era una bomba. No podían imaginar nada distinto. El padre del pequeño manipulaba dinamita y la guardaba en esa casa. El temor de la explosión los hizo correr. La estampida de la turba dejó solo, inmóvil y herido a Sergio en la puerta de su casa, en tanto la temible bola caía lentamente. En su angustia, sintió cómo el paquete rozaba su brazo herido. El trabajo que sustentaba su vida le había enseñado cuál era el detonante para un explosivo. Pero cuando el envoltorio rozó su brazo, no hubo ninguna explosión. Aún confundido, secó sus lágrimas y comenzó a reír. La temible bomba se tiñó de rojo al mezclarse con su sangre. Sonriendo, la despedazó. Tan solo era papel, hojas, pedazos de cuaderno aprisionados por las manos de su hijo. Mientras la destruía, pensaba: «El juguete preferido de Héctor me salvó la vida».

Arrastraba su cuerpo hacia la puerta una vez más, pero unas botas puestas en su camino lo hicieron detener. Allí, frío y

desafiante, estaba el secretario de gobierno con un sable en la mano pareciendo dispuesto a defenderlo. Entonces los amotinados también reaccionaron. Pararon de correr, comprendieron que la amenaza había desaparecido y de nuevo estaban listos para caer con toda su fuerza contra la humanidad de Sergio. Pero ahora no estaba solo; tembloroso escondía su cuerpo tras el segundo funcionario al mando del pueblo quien, mirando a la turba, afirmó con un grito una advertencia que parecía dispuesto a cumplir:

—Si quieren hacerle algo a este hombre, tendrán que pasar sobre mi cadáver.

Mientras este aún hablaba, Sergio avanzaba hacia el interior de la casa y cerraba la puerta. Afuera, los gritos volvían a tomar fuerza. Eran como cuarenta manifestantes. Aunque tenía miedo de los cuchillos, los palos y las piedras causantes de sus heridas, lo que más le aterraba eran las miradas de quienes, hasta hacía pocas horas, parecían sus amigos.

Entre todas las voces que en medio de la multitud se levantaban, una se hizo más clara, era la del alcalde:

—Entrégueme a ese hombre. Es un indeseable.

Todos quedaron en silencio esperando una respuesta, pero el secretario seguía inmóvil en la puerta de la casa. Fue ahí cuando el sacerdote habló para poner punto final a la disputa:

—Hágalo salir, señor secretario, el tipo ya demostró que es comunista. Y usted sabe, acabar con los comunistas no es cuestión de política, es un asunto de fe.

Pero este, anclado en su sitio sable en mano, los miraba sin miedo. Su convicción fue suficiente. Uno a uno fue abandonando la puerta, sin embargo, amenazaban con volver para

matarlo. Eran como las tres de la tarde del 9 de mayo de 1948, un mes después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.

La revuelta había comenzado a la una de la tarde, cuando el alcalde le pidió a Sergio que lo ayudara para controlar los borrachos que discutían en la plaza del pueblo. La pelea estaba mostrando matices violentos pues, mientras bebían, decenas de campesinos habían empezado a insultarse, recordando los días de zozobra tras la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, el mes anterior. En algunos sitios del Huila, la revuelta del 9 de abril había durado unas horas, pero en Acevedo, la manifestación de los gaitanistas, comandados por Sergio, se había convertido en una toma, un sitio de tres días. Una acción donde el alcalde, el principal instigador contra Sergio en la plaza, solo había sido otro de los rehenes del grupo de seguidores de Gaitán. Por eso, cuando los borrachos comenzaron a pelear, el alcalde llamó a Sergio. Amigablemente pidió su cooperación para controlar los desórdenes. Reclamó su ayuda con el fin de llevar a la cárcel a sus amigos gaitanistas «para que durmieran la borrachera». Sergio aceptó, pero cuando estuvo solo, el alcalde tomó venganza. A una sola voz, todos los conservadores reunidos en la plaza del pueblo le gritaban y le lanzaban piedras mientras lo herían a machetazos. Él trataba de correr para refugiarse en la casa, pero la turba lo estaba cercando. Una piedra lo lanzó al piso, haciéndole arrastrar hasta llegar a la puerta. En ese momento, Héctor, su hijo, apareció en la ventana y consiguió distraerlos a todos. Dos horas después la plaza estaba sola. Mientras tanto Sergio, herido, era atendido en su habitación por su hijo que, bañado en sangre, lo ayudaba a cambiarse la ropa mientras Berenice, su esposa, lloraba.

Cuando ya no quedaban restos de sangre, su mujer lo miró desconsolada, cubriéndose nuevamente la cara con las manos para llorar. Sergio y su hijo de ocho años la miraban con angustia.

A Berenice el susto le había quitado la fiebre. Desde hacía varios días la calentura no la dejaba levantar de la cama y el médico del pueblo no había podido diagnosticar cuál era el mal causante de su molestia. Sin embargo, ver a su marido arrinconado e indefenso le causó un impacto necesario para sanarla instantáneamente en medio de la revuelta. Pero ahora no sabía si el malestar por la enfermedad era peor al miedo causado por la turba.

A las dos de la mañana, todos seguían despiertos en el cuarto. El secretario del alcalde entró a la casa y, ya en la habitación, con un gesto nervioso en la boca, los miró antes de sentarse. Luego, con la misma voz calmada pero enérgica, capaz de ahuyentar a los amotinados, les explicó a los Pardo la situación.

—¡Tienen que irse ahora mismo!

—Estamos muy agradecidos con usted. A primera hora nos vamos de esta casa. Ya se expuso suficiente por mí. —le contestaba Sergio.

—Ese no es el problema. Ellos no me van a hacer nada, pero a usted ya decidieron matarlo. Así que si no fue esta tarde, va a ser en cualquier momento. Si deciden entrar a la casa, ya no podré defenderlo. El peligro me parece demasiado grande. —dijo el secretario.

—Vámonos “mijo” —le rogaba Berenice—, nosotros sabemos trabajar. Como sea nos organizamos en otra parte. Pero si esa gente entra así, furiosa como está, no van a respetar nada, ni a usted ni a mí, y mucho menos a este muchachito.

—Esperemos a que aclare —propuso Sergio.

—Cuando aclare —sugirió el secretario—, ellos lo van a estar esperando. Es mejor que salgan ahora. Todos fueron a sus casas a prepararse para mañana. Esta es su oportunidad de salir vivo de aquí.

—Recoja, “mija”, lo que podamos llevar —le decía a su esposa.

Las lágrimas volvieron a cerrar la garganta de Berenice. Corría de lado a lado, mirando sus cosas, en un estado de confusión que no había vivido antes y que no había llegado siquiera a imaginar.

—Llevémonos una muda de ropa más —le dijo a Berenice—. Los papeles métalos en una bolsa con lo que quepa; no podemos llevar las otras cosas.

—Y, Héctor, ayúdele a su mamá y nos vamos —le dijo su padre.

El niño, entre confundido y adormilado, abrió el baúl donde tenían guardada la ropa, sacó sus juguetes, puso sus pertenencias en la cama mientras le preguntaba a su papá cuántas cosas más habrían de empacar.

—Hay que llevar la dinamita, si sale algún trabajo de demolición, la voy a necesitar —decía Berenice llorando.

A las dos y media de la mañana, por la ventana trasera de la casa, saltaron a un matorral el secretario del alcalde, Berenice, Héctor y por último Sergio, que se dejó caer con dificultad por el dolor de las heridas.

Siguiendo los pasos del secretario, caminaron en silencio hasta una carretera polvorienta donde un carro viejo los esperaba.

—Aquí están mis amigos, se los recomiendo —le dijo el secretario al conductor.

—No se preocupe, señor secretario, mi Dios y yo los vamos cuidando —le respondió.

Sergio y su familia subieron a la parte trasera del carro. Por la ventana del vehículo estrecharon por última vez las manos el secretario y Sergio. Este último, liberal, devoto de la virgen del Carmen y amante de su familia, miraba con tristeza al hombre que le había salvado la vida. Para todos era el secretario, a secas, pero para Sergio era un prominente conservador, el primero de los católicos y lo más importante, el amigo con quien compartió durante varios años la misma casa, y con quien esa tarde había enfrentado la muerte.

—Fue un gusto conocerlo, Sergio —le decía su amigo el secretario.

—La vida nos trajo hasta aquí —con voz quebrantada le respondió Sergio—, pero donde esté siempre habrá alguien dispuesto a servirle.

Mientras terminaba de despedirse, el carro donde iba la familia Pardo emprendió su camino. Al volante, un viejo curtido por la vida trataba de no pensar en sus pasajeros. Pero los sollozos lo hicieron mirar por el espejo el asiento de atrás. Los Pardo, abrazados, lloraban, mientras el viejo, en medio de la carretera polvorienta, también lo hacía.

Capítulo II

10 de mayo de 1948

El camino entre los pueblos de Acevedo y Campoalegre fue una tortura para Héctor y un calvario para Sergio. El polvo en la cara, el dolor de las heridas y todas las frases de reclamo los hacían anhelar un nuevo destino. El cansancio venció al niño, mientras Sergio recordaba uno a uno los insultos en su contra. No podía creerlo, los mismos que lo amenazaban eran sus compañeros en los preparativos para la procesión de la virgen del Carmen, cada año. Luego se secó los ojos, sacó el escapulario guardado en su pecho y lo puso en el cuello del niño agotado por la jornada.

—Hoy el cura y los demás nos quedaron mal, «mijo» —le decía Berenice—, pero la virgen no nos ha hecho nada.

Ella lo va a seguir cuidando. El niño dormía en sus brazos.

Al llegar a la entrada de Campoalegre, el viejo detuvo el carro.

—Los dejo aquí —decía el viejo—, al pueblo entren caminando solos. Es mejor que nadie sepa quién los trajo.

Media hora de camino los puso en la plaza principal de Campoalegre. Con hambre y a medio dormir, Héctor se volteó hacia su padre y le dijo al oído:

—¿Cuándo nos vamos a ir para la casa?

—Estamos en casa, «mijo», esta es la casa —le decía su padre.

Caminaron hasta la tienda, vagaron por la plaza principal, y Sergio comenzó a preguntar por sus amigos, pero nadie daba razón. La caminata de una casa a otra los dejó cansados en una de las salidas del pueblo. Ya era casi la hora del almuerzo. De pronto, en la carretera, apareció un hombre de traje completo y sombrero.

—¡Hey! Sergio, soy yo —gritó.

—¿Quién? —dijo Sergio

—El sastre, Sergio, soy el sastre. ¿Se acuerda de mí?

—¡Ah! que gusto encontrarlo —le respondió.

Héctor sintió algo de paz. Con el saludo de este desconocido nacía una nueva esperanza para él; a esas alturas el niño únicamente quería comer y dormir en una cama.

Después de los saludos, el sastre dijo sin titubear:

—Vengan a mi casa, mi mujer preparó algo de almuerzo. Por el camino me cuentan qué hacen aquí. ¡Llevaba rato buscándolos. En todas partes me decían que había una familia preguntándome!

En la casa de este funcionaba el negocio más grande del pueblo. Había camisas y pantalones por todos lados.

—Veo que le ha ido bien —le dijo Sergio.

—No me quejo, esto da para comer y para sostener la familia —le afirmó el sastre.

Luego, dirigiéndose hacia los niños y las mujeres, exclamó en voz alta:

—Las mujeres y los niños vayan a la cocina, Sergio y yo tenemos un “asuntito” pendiente.

Entonces, Héctor salió con su madre acompañado por la mu-

jer del sastre hacia el salón principal de la casa mientras los hombres permanecían en el local. Entre bostezo y bostezo, el niño pensaba cómo esconderse para escuchar la conversación de su padre, pues la verdad, la de las mujeres estaba bien aburrida. Pero los susurros y la complicidad en sus miradas le hicieron saber que él no tenía cabida en ese lugar. Sin embargo, se dio sus mañas y entonces pudo oír el relato de su progenitor.

—Todo empezó el 9 de abril, ese viernes rojo que nos hizo hervir la sangre. Apenas dijeron por la emisora: “Gaitán está muerto”, y dieron la orden de instituir “juntas populares” en todo el país, pues obedecí. En un momento arrinconé toda la alcaldía de Acevedo. Cerré las puertas, guardé las llaves y llamé a todos los seguidores, a los del sindicato, al movimiento agrario, hasta la junta comunal estuvo de acuerdo con el levantamiento. Cuando llegaron al despacho nos repartimos las tareas. No portábamos ni un arma, pero con la rabia era suficiente. Encerramos ese montón de godos y les hicimos saber la verdad. Hasta les recitamos los discursos de Gaitán.

—Así que usted fue el revoltoso de Acevedo —señaló el sastre.

—Sí, por la noche acordamos continuar con el levantamiento mientras se sabía si Mariano Ospina Pérez caía. No sabíamos lo que pasaba en Bogotá, ni nada del Gobierno. Habíamos oído de los destrozos y del incendio en la sede de la Universidad Femenina, pero nada más —respondió Sergio.

—Entonces, ¿cuándo se entregaron? —preguntó.

—No nos entregamos. A los tres días, cuando vimos que las cosas volvían a quedar iguales, nos reunimos con el cura, el alcalde y el secretario de gobierno y les devolvimos todo tal

y como estaba cuando empezamos la toma. Todo quedó en orden y no hubo ni un solo herido —le dijo.

—Sí, Sergio, todo quedó igual menos el orgullo de los godos, ese les quedó bien mancillado —el sastre completaba las frases imaginando cuánto odio había en ese pueblo contra Sergio.

—Pero lo peor pasó un mes después —Sergio continuaba cambiando el tono animado de su relato por gestos de preocupación y desconsuelo—. Ayer, el día de la conmemoración, el alcalde me pidió que guardara a mis amigos gaitanistas en la cárcel porque todos estaban muy borrachos. Lo hice y me quedé con dos compañeros de trabajo en el parque principal. De pronto, toda la masa de godos me cayó encima. De mis dos compañeros ni le cuento; uno estaba tan borracho que cayó tirado al piso sin saber nada de nada, el otro sacó un machete y me lo lanzó encima, casi me mata. De no ser por ese peladito (refiriéndose a su hijo) y por el secretario de la alcaldía, no estaría contando el cuento.

Sergio caminaba de lado a lado sin notar la presencia de Héctor, quien lo miraba atónito. El niño ya no se escondía, mas bien buscaba un lugar cómodo para oír la historia de su padre.

—Cuando me tenían bien acorralado, Héctor tiró una bola de papel desde una ventana y todos corrieron asustados pensando que era dinamita. Entonces apareció el secretario y con un sable los ahuyentó mientras me escondía en la casa. El susto fue muy grande, no pudimos esperar a que amaneciera y nos escapamos por una ventana. Luego usted nos encontró cuando entrábamos a este pueblo.

—Sergio, las cosas son más graves de lo que pensaba —dijo luego de varios minutos de silencio—. Usted fue buen amigo

de mi hermano y ahora entiendo su situación, pues sé cómo lo sacaron de Acevedo. Por eso creo que le puedo contar cómo están las cosas aquí.

Mientras dejaba la silla y caminaba, relataba al mismo tiempo.

—Muchos hombres de este pueblo tuvieron que irse de la misma forma como usted salió de la suya. Eran líderes, debatían reunidos una vez por semana los asuntos del pueblo, leían los libros y discursos de Gaitán, discutían, no se quedaban callados. Todo este asunto molestó a los hacendados y los hicieron ir. Mi hermano fue el primero en salir, pero con él les tocó abandonar el pueblo a los otros partidarios del movimiento. Ahora todos viven en otros pueblos del Huila, cerca muy cerca. Allá siguen dedicados a trabajar y hablar de lo mismo. Pero ahora tienen más cuidado. No sabemos quién está a cargo, pero por aquí también pasan los enemigos de los liberales quemando fincas, si saben de las reuniones. Esto está muy agitado y peligroso desde el 9 de abril. Cualquier propuesta, y tachan a la gente de comunista. Por eso hasta las discusiones más sencillas tienen lugar en total secreto.

—Pero ni su hermano ni nosotros estamos haciendo nada malo, somos liberales, defendemos al partido, pero no queremos que nos maten por eso no más —decía Sergio.

—En todo caso —decía el sastre—, la mejor defensa es la prudencia. Usted se puso en bandeja de plata en su pueblo. Aquí nada puede gritarse a los cuatro vientos. ¿Me entiende, Sergio?

—Por supuesto, entiendo amigo. Y tengo razones para cuidarme, usted sabe cuáles son; lo de Acevedo dejó muy asustados a Berenice y a Héctor —le respondió.

—Aquí hay unas monedas, no es mucho pero le puede servir.

¡Y tenga cuidado, Sergio, mucho cuidado! —le advertía.

Mientras los dos amigos se despedían, en la alcaldía de Cam-polegre varios individuos revisaban los documentos envia-dos desde Bogotá a la gobernación. Eran instrucciones del Gobierno para el manejo de la crisis. Con las notas habían en-viado los discursos que llamaban al orden el 9 de abril. Según ellos, era necesario reunir al pueblo para hacerles frente a los revoltosos. Una y otra vez repasaban los discursos pronun-ciados mientras Bogotá ardía. Primero releyeron las palabras del presidente Mariano Ospina Pérez.

«El Presidente pide a todos los buenos hijos de Colombia que contribuyan en esta hora de prueba con el aporte de su sen-satez y de su prudencia para que no se hunda el prestigio re-publicano y democrático de la patria, que tan orgullosamente enarbolamos ante la América...».

Como si trataran de asimilarlas, también repetían las pala-bras dichas por monseñor Perdomo, arzobispo primado de Colombia, que el doce de abril pedía serenidad a los devotos cuando hasta las sedes de la iglesia estaban siendo destruidas por los rebeldes.

«En esta hora de inmensa tribulación para nuestra amada Patria, y con el corazón profundamente acongojado ante los extremos de perversidad, y de la locura a donde vemos que ha sido llevado nuestro pueblo, por obra de extrañas influen-cias, destructoras no solo de todo orden moral y religioso, sino además de todo ideal patriótico, y de todo sentimiento humanitario, no podemos menos que reprobar los horrendos atentados y delitos...»

Por último, recordaban las frases de los partidos políticos, quienes habían producido un comunicado conjunto, en medio de la revuelta.

«El grave clima de exacerbación política, creado por el execrable asesinato del señor Jorge Eliécer Gaitán, constituye un serio peligro para la paz pública y amenaza con torcer el rumbo histórico de la nación. Los directorios de los dos partidos se hallan de acuerdo en la necesidad de restablecer la calma y la normalidad, no solo para salvar al país de esos gravísimos peligros, sino también para poder encauzar el esfuerzo unido de todos los colombianos hacia la reconstrucción moral y material del país, tan seriamente quebrantada por designios extraños que sorprendieron a los dos partidos históricos en sus métodos de lucha cívica».

En compañía de los devotos custodios del gobierno, los más fieles seguidores del partido conservador repasaban cada una de las frases y luego discutían qué hacer para evitar otro alzamiento como el del 9 de abril en sus territorios. La consigna era promover el «orden» por encima de todo. Para ello era indispensable exhibir las armas, alejar a los rebeldes y mostrar cómo sobre ellos caía todo el peso de la ley.

Sergio no sabía lo que pasaba en las esferas gubernamentales, por eso consiguió un trabajo y el grupo de amigos logró un contrato para realizar unas obras de construcción. Héctor, mientras tanto, pasaba los días con Berenice en la sastrería y aprendía más del negocio de la costura.

Pero las gestiones del grupo de aliados, a favor de los Pardo, no terminaban ahí. En la pieza alquilada donde estaba instalada la familia, se reunían, de cuando en cuando, los gaitanistas, y entre risas discutían qué hacer para establecer a Sergio con su familia en el pequeño pueblo.

—¿Usted ya cobró las prestaciones por su trabajo en Acevedo? —preguntó uno de los líderes sindicales de Campoalegre en una de las reuniones.

—Todavía no —contestó Sergio.

Héctor trataba de pegar un botón pero seguía con cuidado la conversación de su papá. La tarea no le dejaba atender, en toda su dimensión, las explicaciones del grupo de colegas.

—Pues este es el momento, nosotros le tramitamos los papeles y con las prestaciones del Gobierno, por dieciocho años de trabajo, le pone competencia a este sastre y asunto arreglado.

—El sastre no pudo evitar la risa cuando oyó la propuesta.

A mediados de julio, los Pardo esperaban ilusionados el pago de la indemnización para comprar una máquina de coser y para que Héctor pudiera volver a estudiar. Pero los mensajeros llegaron con malas noticias y le pusieron a Sergio los pies en la tierra.

—¿Usted quiere decir que con esa ley pierdo mis prestaciones? —preguntaba sorprendido, pues no podía entender la razón por la cual el Gobierno le quitaba su plata.

—La plata suya ya la confiscó el Gobierno, Sergio. El estado se quedó con todo y no recibirá ni un peso de todo su trabajo. No hay ni siquiera una posibilidad remota de rescatar sus prestaciones —le decían.

—¿Pero cómo puede ser eso? —preguntó Sergio.

—Su nombre está en una lista de malhechores. Por haber participado en las revueltas va a perder la plata y también el trabajito, porque después de esto no lo va a contratar nadie —le respondieron.

Las pocas esperanzas puestas por Sergio en una nueva vida se desvanecieron esa mañana. La máquina para Berenice y los cuadernos para Héctor otra vez quedaban en veremos. Ese día no quería volver a la casa. Cuando pasó por la sastrería, se preocupó aun más, sus compañeros también estaban inquietos.

—Hola Sergio —dijo la esposa del sastre—, mi marido le dejó dicho que lo espere.

—¿Qué pasa? —le respondió.

—No sé, pero él salió de aquí muy preocupado —le dijo.

Esa mañana la gente susurraba los nombres de todas las personas inscritas en la lista de enemigos del Gobierno, candidatos firmes a perder trabajo, plata y bienes. Los nombres de todos los declarados comunistas estaban en boca del pueblo entero. Su futuro quedaba ahora puesto en manos de la «justicia» local capaz de quitarles cualquier posibilidad de ocupación y además lista a apoderarse de sus casas, lotes o cualquier otra propiedad. Los nombres de trabajadores del municipio, sindicalistas, empleados públicos y obreros rasos fueron pronunciados en secreto hasta que el pueblo entero los gritó a los cuatro vientos. Sergio Pardo era uno de ellos. La obra de construcción donde laboraba fue cancelada, y cuando buscaba un nuevo contrato, le recordaban su nombre estampado en el temible listado. Así quedaba a la altura de los tipos más peligrosos del momento y se convertía en una amenaza para la sociedad. La situación ameritó una reunión extraordinaria en la casa del sastre.

—Explíqueme despacio, señor sastre, no estoy entendiendo nada —pedía Berenice.

—Mire, Sergio, con la lista de confiscación de bienes del Gobierno perdió las prestaciones, pero lo más seguro es que, además, no lo van a dejar trabajar en este pueblo. Acevedo y Campoalegre están cerca. Lo más probable es que pidan información y, cuando el alcalde de Acevedo cuente lo que pasó el 9 de abril, a su manera, entonces la misma orden de Acevedo queda vigente en este pueblo. Aquí, en Campoalegre, no lo van a dejar tranquilo. Cualquier día llegarán, arra-

sarán la casa y nos dejarán a todos con el pesar de no haber hecho nada para defenderlo.

—Yo no puedo irme como si me estuviera escondiendo —refutó Sergio.

—Pero tiene que hacerlo —afirmó el sastre.

—Pues me quedo, no voy a seguir ocultándome de los godos y escondiendo a mi familia. Mañana salgo a buscar trabajo como todos los días. Si quieren acusarme, pues demuéstrenme lo que hice. Trabajé como un “burro” en Acevedo, y protesté cuando mataron a Gaitán, ese no es un pecado mortal —le dijo.

La conversación terminó cuando Berenice salió llorando de la habitación y azotó la puerta con toda la fuerza contenida desde el día en que se fugaron de Acevedo.

A partir de esa hora, los Pardo tenían la sensación de estar retando al mundo, un mundo pequeño pero resuelto a ir en su contra. El niño ya no tenía amigos de juegos, por eso dedicaba su tiempo a explorar diligentemente las calles de arriba abajo. Así ocupaba los días. Campoalegre era un lugar esquivo para él; un pueblo pequeño de pocas casas, junto con Acevedo, el único mundo conocido por Héctor. Los domingos era visible el dinamismo local. Los campesinos llegaban vestidos con sus mejores galas, compraban, vendían, iban a misa y luego bebían. Los otros días el pueblo quedaba despejado y casi solo. La gente pasaba las horas recorriendo la alcaldía, el almacén y la iglesia. Aparte de eso, no había mucho más para hacer. Para Héctor y Berenice el universo estaba reducido a la sastrería y la tienda. Sergio, en cambio, visitaba el almacén y recorría las veredas. Pero cuando el contrato de la obra de construcción expiró, nadie volvió a proponerle un trabajo nuevo. Pocos días después los Pardo vivían de la solidaridad

de sus amigos, mientras las posibilidades para ellos terminaban. Los días no traían consigo ninguna novedad. Sin saber qué hacer el domingo, salieron a la iglesia; de pronto un joven sentado junto a ellos llamó la atención de Berenice.

—“Mijo”, ¿ese no es el muchacho que se voló de la casa?

—Ese ya es un hombre, «mija», el otro apenas era un “pelaito” —le respondió.

—Pues nuestro muchacho debe tener esa edad. Como veinte años, tal vez —dijo ella.

Las lágrimas, otra vez, inundaron el rostro de la mujer, cuyo corazón, ahora sumaba a sus penas el recuerdo de este hijo pródigo. Hacía años había albergado en su casa a un pequeño de la calle, pero luego de varios años el niño decidió tomar camino por su cuenta. Tenía doce años cuando los Pardo lo recogieron. Sin casa y enfermo, conmovió las entrañas de Berenice en los días que esperaba el nacimiento de Héctor. Como pudieron, los Pardo lo acomodaron con la familia. Trabajaba con Sergio y acompañaba a Berenice, pero al cumplir Héctor los seis años, escapó sin dejar rastro. Sin una foto suya, Berenice recordaba de cuando en cuando los gestos del joven y pensaba qué habría sido de su vida. Pero ahora no sabían nada de él, y con esta vida errante era más difícil que algún día él pudiera volver a localizarlos.

Capítulo III

Junio de 1949

Las circunstancias fueron cambiando los pensamientos de Sergio. Sin trabajo y con pocas posibilidades de conseguirlo, ahora dudaba si valía la pena quedarse en Campoalegre a defender su nombre y su dignidad. Tal vez lo mejor era irse definitivamente. Después de quedar vacante en la obra, pasaba las noches oyendo radio y los días le servían para salir con Héctor al parque, esperando algún interesado en contratarlos. Padre e hijo ofrecían sus servicios, haciendo cualquier cosa, pero los clientes escaseaban. Mientras seguían la rutina, una manifestación extraña los sorprendió una mañana. Un grupo de personas cantaba y repartía apartes de la Biblia. En medio del bullicio, abordaban a todos los presentes en el parque. Héctor los escuchaba animado en tanto recibía uno de los textos.

—¡Al fin, algo nuevo para leer! —pensaba el niño entusiasmado.

Uno de los varones, erguido en medio del parque, empezó a hablar del cielo, de Dios, de tantas cosas que aún no podía comprender. Pero la manifestación terminó apresuradamente por orden del sacerdote. La instrucción era simple: destruir todos los ejemplares de la Biblia. Los habitantes de Campoalegre hicieron caso y rasgaban con presteza los pasajes

bíblicos recién adquiridos. Los más osados arrebataban los libros, aún intactos, en las manos próximas y obedecían al prelado. En pocos minutos, los espectadores advirtieron cómo perdían sus nuevos cuadernillos mientras el cura mandaba a los pobladores regresar a sus casas. La plaza del pueblo quedó tapizada de hojas impresas despedazadas y pisoteadas. Los destrozos hacían ver como si un tapete blanco cubriera el centro del pueblo. Héctor obedeció a medias, corrió a su casa escondiendo el librito entre su ropa. Cuando llegó, dispuesto a mostrárselo a Berenice, vio cómo su madre asustada encendía una hoguera en el patio de la vivienda.

—Mamá —le dijo despacio—, mire, me lo regalaron en el parque.

Ella lo miró de reojo y luego le arrebató la porción bíblica de las manos.

—Tenemos que quemarlo, “mijo”.

—¿Pero, por qué? —preguntó.

—El cura dijo que si no lo quemamos vamos a arder en el infierno. Hagámosle caso, o ¿usted quiere quemarse en el infierno? —le dijo.

—No, no quiero quemarme —alcanzó a responder Héctor mientras abrazaba la cintura de su madre.

Ni siquiera podía imaginar qué decía el libro, pero el riesgo de vivir en una hoguera, solo por leerlo, le parecía demasiado grande, por eso miró decepcionado el fuego en tanto lloraba desalentado.

Por aquellos días el celo del país no era exclusivamente clerical. Las noticias en la radio y las historias contadas por los compañeros de Sergio dejaban siempre una nueva razón para preocuparse. Desde junio de 1949, los reportes hablaban de las elecciones presidenciales, estas tendrían lugar en noviem-

bre del mismo año. Por esos días, un tiroteo en la Cámara de Representantes cegó la vida de Gustavo Jiménez, parlamentario liberal. Pocos días después, en Bogotá, el candidato presidencial, Darío Echandía, fue víctima de un atentado en el que perdió la vida de su hermano Vicente. El presidente, Mariano Ospina Pérez, a punto de entregar el poder, declaró alterado el orden público, impuso la censura de prensa y decretó el estado de sitio.

Sin embargo, las tragedias más terribles ocurrían lejos de Bogotá. En Ceilán, un caserío de Bugalagrande, en el Valle del Cauca, casi ciento cincuenta personas fueron asesinadas, la mayoría incineradas. En San Rafael, veintisiete personas masacradas fueron arrojadas al río, mientras seguían los ataques contra sedes políticas de los liberales en todo el Valle y en Cali. Tal fue la brutalidad de las acciones, que el procurador general de la nación, prominente conservador, dijo en tono grave: «Con el alma profundamente adolorida, vengo de Cali, ciudad víctima de una cruel afrenta por parte de las autoridades encargadas de velar por su bienestar. La tragedia del sábado veintidós, que tantas vidas, dolor y sangre han costado, no tiene justificación ni disculpa. Nadie habló en Cali de la revuelta o del ataque a la Policía. La hecatombe se consumó dentro del solar al que llaman Casa Liberal».

La mayoría de los muertos asistía a un encuentro partidista, luego de haber sufrido el destierro.

Por eso, Sergio y sus aliados hablaban continuamente de los peligros y las nuevas amenazas. Pero Héctor solamente pudo medio entender el alcance de los riesgos, cuando su papá le explicó a Berenice cómo operaban las restricciones del Gobierno.

—Vea, “mija” —decía Sergio—, vivir en “estado de sitio”

quiere decir que a partir de hoy pueden hacer con nosotros cualquier cosa y nadie va a protestar. Ahora póngale la firma, los godos siguen en el poder y Laureano Gómez será el nuevo presidente de la república, pero a nosotros nos van a matar de a poquitos.

Y así ocurrió, el 27 de noviembre de 1949, Laureano Gómez resultó elegido, sin mayores obstáculos, presidente de la república de Colombia.

Mientras la euforia por la elección del nuevo Presidente colmaba los sentimientos de la clase conservadora, el solidario grupo de amigos de Sergio recibió datos de los sindicatos de los Llanos Orientales. El 25 de noviembre, un capitán de nombre Alfredo Silva, tomó a sangre y fuego a Villavicencio, y tras un enfrentamiento con la Policía, abrió las cárceles, liberó los presos y ocupó las oficinas municipales.

— “Yo no llegué a tanto” —pensaba Sergio.

En el Meta, un sargento retirado de la policía, gaitanista, según contaban, atacó un puesto militar. Los datos hablaban de familias enteras sublevadas enfrentándose a sus enemigos, los Bautista, los Parra, los Fonseca, los Villamarín, los Calderón.

Las medidas restrictivas en el campo y en las ciudades eran evidentes. Por eso el grupo de aliados de Sergio crecía cada día secretamente. Las reuniones políticas estaban prohibidas, el Gobierno ocupó sedes sindicales, prohibió movilizaciones, despidió a miles de trabajadores. Los perseguidos convirtieron sus reuniones en citas inesperadas en la casa de algún amigo a fin de no despertar sospechas. La intención era mantener ocultas las motivaciones de todos los encuentros para que los movimientos campesinos y obreros crecieran en la

clandestinidad. Así los pretextos para reunirse eran singulares, la procesión de la virgen del Carmen, el primer viernes, las fiestas patrias, hasta los días de enfermedad se habían vuelto una buena excusa para reunir al grupo ante los ojos de sus contradictores y permitirles hablar discretamente de temas vedados, por esos días. Concertados los encuentros, de esta manera, les permitían ausentarse de sus veredas sin dar explicaciones, sin pedir permiso y sin necesidad de informarle a nadie.

Según explicaban los compañeros de Sergio, la mayoría de los sublevados se levantaba con garrotes, machetes y escopetas de fisto contra sus enemigos. No importaba si eran liberales o conservadores, el común denominador era que estaban acorralados y a punto de perder sus propiedades.

—Ellos se rebelaron para proteger sus tierras, pero usted, “mijo”, defendía a otros más pobres que nosotros. Esa es la diferencia —contestaba Berenice cuando Sergio le contaba. Para aprovechar el tiempo, los Pardo convirtieron su casa y su estadía en Campoalegre en una escuela improvisada para Héctor. De tarde en tarde, Sergio le enseñaba a leer. La salida de Acevedo truncó el año escolar y, en Campoalegre, el pequeño estudió unos días nada más. En agosto había entrado a la escuela, al curso primero A, pero como él ya sabía leer, lo reubicaron con los niños más adelantados, los de primero B. Sin embargo, la maestra de ese curso no logró ganar el corazón del niño y Héctor decidió que no volvería. Ante la negativa, Sergio se había convertido en su tutor personal. Fuera de esas ocupaciones, los Pardo no tenían nada más por hacer. Ese hecho les hizo pensar nuevamente en partir hacia Ibagué. Una mañana, cuando a Sergio le ganó la sensación de derrota, tomó la decisión sin darle mas vueltas al asunto. No

conseguía trabajo y había comenzado a beber. Su amigo, el sastre, escuchaba sus quejas.

—Mi hijo no ha podido estudiar. Aquí me abrieron las puertas pero el pueblo quiere que me vaya. Por eso pienso en Ibagué. Allá nadie me conoce.

—Estoy de acuerdo con usted —le decía—. En Ibagué podrá ver todo de una manera distinta. Pregunte por Daniel Trujillo, él vive cerca del parque López de Galarza. Dígale que va de parte mía y cuénteles todo lo que le pasó. Ibagué es la capital de un departamento, allá no pueden hacerle la guerra como aquí.

Con lo de un mes de arriendo entre los bolsillos y unos paquetes en la mano, los Pardo partieron para allá. Esta vez pudieron reunir algunas de sus pertenencias para ir en busca de una nueva vida. Héctor estaba feliz con la proximidad de la partida, no iba a extrañar a Campoalegre; allí no alcanzó a tener amigos, los niños del pueblo ni siquiera le dirigían la palabra. Sus amigos eran hombres mayores, que hablaban de política con su padre.

Al llegar a la capital, quedaron impresionados. La gente, discretamente vestida, recorría las calles sin detenerse a mirar a los visitantes. Los Pardo caminaban en silencio buscando por señas el parque Andrés López de Galarza. Después de localizarlo, hallaron un sitio para vivir; era barato, sencillo y amplio. No era más que una pieza para los tres, la misma habitación compartida a la que ya estaban acostumbrados. A unas cuadras estaba la sastrería de Daniel Trujillo. Sin pensarlo dos veces, este otro sastre también les tendió la mano. Así se ubicaron en la capital del Tolima. La carrera quinta, entre calles veinte y veintiuno, era el lugar donde la vida de la familia Pardo estaba a punto de empezar, otra vez.

Apenas tomaron café y descansaron, Berenice tuvo noticias de los sitios donde estaban contratando obreros. Según le dijeron, por esos días demolían el cuartel militar de la región, llamado Batallón Rock. La sola idea de conseguir trabajo para su marido, en tareas de construcción, era sin duda una buena señal para todos. Al oír la noticia, Héctor vio cómo el ánimo de su padre mejoraba. Entusiasmado, se dirigió al Batallón en busca de una nueva oportunidad. Por la noche, el contrato estaba listo y Sergio volvió a su casa convertido en otro obrero para los trabajos de demolición.

La obra era visible sobre la vía, los peones ocupaban toda la carrera tercera con calle quince. Ante el nuevo panorama, Berenice no lo pensó más. Sacó las monedas guardadas, hizo mercado, compró algo de ropa y se alistó para disfrutar de una nueva vida. Pero al tercer día, el grito de una mujer en la puerta de la casa los despertó a Héctor y a ella sobrecogidos. La confusión y los vecinos los llevaron corriendo en busca de la clínica más cercana. Sergio se debatía entre la vida y la muerte. Las calles, entre la casa y la clínica, fueron interminables mientras Berenice, angustiada, preguntaba una y otra vez:

—¿Está vivo?

Pero nadie podía contestarle con certeza.

Las preguntas de Héctor no recibían ninguna respuesta.

—¿Mamá, qué le pasó a mi papá? —preguntaba Héctor.

Nadie contestaba las preguntas del niño, nadie le explicaba, nadie parecía saber lo que estaba pasando. Berenice corrió por los pasillos, pensando en la suerte de su marido, hasta detenerse frente a la sala de cirugía. Héctor, sostenido por la mano temblorosa de su madre, ya sabía algo del miedo. Eso lo aprendió en Acevedo, el 9 de mayo, en la revuelta contra

su padre. Pero ese día, frente a la puerta del quirófano, estaba entendiendo qué era la muerte.

Unos minutos más tarde, el médico salió para explicar, por fin, lo que estaba pasando.

—Su esposo sufrió un accidente. Hay daños irreparables en el cuerpo de su marido —explicó serenamente.

—¿Está vivo, doctor? —le preguntaba

—Sí, señora, su marido vive; está mal herido, pero vive. Lo más grave es una parte del cuerpo aplastada y destrozada por un peso descomunal. Estamos haciendo lo humanamente posible, pero una de las piernas no tiene remedio. Tuvimos que amputarla —le dijo.

—¿Amputarla? —preguntó incrédula Berenice, antes de cubrirse la boca con las manos para esconder los sollozos.

Héctor no entendía por qué razón su madre lloraba si su papá estaba vivo. No alcanzaba a saber por qué las palabras del médico trastornaron el corazón de su mamá. En silencio, miraba y apretaba una y otra vez la mano de esa mujer acostumbrada a llorar.

—Le quitaron una de las piernas —dijo desconsolada Berenice, tal vez para convencerse de una vez por todas.

—No podíamos hacer nada para salvarla. Ahora esperemos que el resto de su cuerpo se recupere —continuó el médico apesadumbrado.

La mujer, sostenida por la pared de la estrecha sala, dejó por un momento salir todos los sollozos, todas las frustraciones contenidas. Ni siquiera estaba consciente de la presencia del pequeño que ahora estaba comprendiendo cómo duele el desamparo. Hasta ahora, Héctor había sentido en todas sus tragedias la fuerza de sus padres. Ellos habían sido, a su alrededor, un muro inalterable capaz de contener los más grandes dolo-

res, pero ese día vio cómo la crueldad se ensañaba con ellos y entendió que la fortaleza tambaleaba.

Mientras veía llorar a su madre, comprendía por qué había tristezas más grandes a las ya vividas; tragedias que no podía explicarse. Si su mamá estaba asustada, sentía que tenía suficientes razones para temer. La sola idea de verse desprotegido lo aterrorizó: su padre inválido y su madre desesperada, ahora nadie podía ampararlo.

Las horas pasaban sin una explicación segura sobre el estado de Sergio: «Está mal herido», era la única respuesta. Al fin, uno de los obreros, compañero de Sergio y testigo singular, narró:

—Quedó aplastado bajo un umbral de cemento. La estructura se soltó cuando trataban de ubicarla y entonces hizo blanco en él. No alcanzó a moverse, eso fue lo que pasó.

—Eso explica la magnitud de los daños en el cuerpo de su esposo —le dijo el médico a Berenice—. Las heridas son muy graves.

Pero el momento más difícil sería hacerle entender a Sergio lo ocurrido. Una vez que recuperó el conocimiento, el médico se ofreció para decírselo.

—Le amputamos una pierna.

—¿Qué me hicieron? —preguntó Sergio.

—No había posibilidad de salvarla —le respondió el médico.

—¿Por qué me la quitaron? —un silencio y siguió—. Pero doctor, siento las dos piernas —le dijo.

—La pierna le fue amputada para salvarle la vida —replicó el médico para dar por terminada la discusión.

Esas palabras le arrebataron el suspiro más largo y profundo de toda su vida. A su lado estaban, como siempre, Héctor y

Berenice. Su mujer esperaba la respuesta con la mano plantada sobre el pecho de este obrero de la construcción, acostumbrado al trabajo pesado pero ahora imposibilitado para moverse sin ayuda.

—¿Qué fue lo que pasó, “mijo”? —se dirigía a su esposo.

—Una pared casi me mata o tal vez esa pared me mató, porque ahora qué voy a hacer sin una pierna —le respondió.

No recordaba más, no sabía cómo lo auxiliaron, ni cómo llegó hasta la clínica. Solo sabía que ahora le faltaba una pierna. El miedo no lo dejaba mirarse, no tenía valor para verse; no era capaz de levantar las sábanas para descubrir su cuerpo mutilado en una forma irreversible. El médico lo miraba con pesar y cuidadosamente le explicaba a Berenice los cuidados necesarios para su cónyuge.

Cuando las voces callaron en la habitación, Sergio preguntó por el contratista del batallón.

—Ese señor no ha aparecido por aquí —le explicó Berenice.

—Entonces búsquelo, nosotros no tenemos cómo pagar esto y a él le toca parte de la responsabilidad.

Pero el encargado de la obra en el batallón no fue a la clínica, tampoco recibió a Berenice cuando fue a buscarlo, ni siquiera quiso atenderla. Lo único que les quedaba era pedir ayuda al médico y si era necesario suplicar por la generosidad de la clínica. Berenice tomó aire y explicó la situación al doctor.

—No sé cómo contarle, pero el contratista de la obra de construcción, donde trabaja mi marido, no quiere responder por los gastos de la clínica. Nosotros estamos recién llegados de Campoalegre, no sé qué podemos hacer.

—Y su situación es muy difícil, me imagino —contestó el médico comprensivo.

—Bueno, tiene que haber alguna forma para responderle por los gastos —preguntaba ella.

—¿De dónde vienen ustedes? —preguntó el hombre.

—Mi marido es Sergio Pardo y yo me llamo Berenice Velásquez. Vivíamos en Acevedo, pero nos tocó salir de allá y dejar las cosas que teníamos abandonadas. Nos fuimos para Campoalegre, pero mi esposo no consiguió trabajo, por eso estamos acá.

—Hable con el administrador, pero no piense en la cuenta, váyase tranquila y me cuenta cómo le fue con él. Si necesitan algo más, me buscan aquí o en el consultorio—le sugirió él. No era fácil pedir ayuda. Pero estaba resuelta a decir cuantas cosas fueran necesarias para hallar la consideración que el contratista no había tenido con su cónyuge. Tímidamente, Berenice esperó en la puerta de la administración del hospital y con vergüenza preguntó por la cuenta de Sergio Pardo. Pero como si supiera de qué se trataba, el administrador le respondió inmediatamente.

—La cuenta suya está al día, ya la pagaron, señora. También le dejaron esta muleta y este bastón a su esposo cuando quiera volver a caminar.

No sabía por qué, pero el médico se había convertido en un padrino interesado en atenuar su dolor. Tan solo sabían su nombre: Daniel. No obstante, ya lo consideraban miembro de la familia. Pero, pese a esa generosidad, las preocupaciones de los Pardo eran considerables; otra vez habían quedado solos, sin ahorros, sin trabajo, listos para empezar de nuevo. Esta vez estaban en una tierra desconocida y Sergio tenía una muleta improvisada, hecha en madera y acomodada a la fuerza contra su cuerpo.

Al mes, todos estaban familiarizados con la muleta, pero Sergio necesitó, además, un bastón para poderse levantar. Padre e hijo empezaron a dar pequeños paseos para recuperar la confianza al caminar. Una mañana, Héctor acompañó a su padre hasta la tienda. El recorrido fue difícil y lento. El pequeño trataba de ayudar pero no conseguía afirmar los pasos de su padre, tal vez fue ese hecho lo que motivó a uno de los transeúntes a acercarse hasta donde estaban y extender su mano para poner una moneda en la mano de Sergio. Eran veinte centavos, una sola moneda; otro golpe certero, una nueva herida. Pero Sergio no dijo nada, recibió la moneda y la puso en uno de los bolsillos. Caminó hasta llegar a la casa. Entró a la habitación y cerró la puerta en silencio.

Berenice observaba desde la ventana. Sin moverse, esperaba. Luego gritó:

—La dinamita —avanzando hacia la puerta.

En ese cuarto estaba guardado el explosivo de demolición. Tras esta, Héctor también corría. Dos certeros golpes y la puerta se abrió de par en par.

—Dios mío —clamó Berenice a todo pulmón en cuanto llegó a la alcoba.

Parado en uno de los extremos de la habitación, Sergio los miraba. Estaba apoyado en una mesa y su rostro se retorció del dolor. En la mano derecha sostenía los cartuchos, en la izquierda tenía un cigarrillo prendido. Frente a él estaba Berenice. Ella, desesperada, se aproximó a su marido y con toda la fuerza guardada le arrebató de las manos el pabito con la mecha encendida lista para detonar. Los tres lloraban. Entre todos los sollozos una frase se hizo audible.

—Prefiero morir antes que pedir limosna —gritó Sergio cuando por fin pudo articular algunas palabras.

Las lágrimas no lo dejaban respirar y ahora ni siquiera podía hablar claramente.

Berenice no conseguía decir nada y el niño los miraba confundido. Otra vez las lágrimas unían a los Pardo en un abrazo sin fin.

Para atenuar el sufrimiento, Sergio comenzó la tarea de confeccionar, para sí, una pierna de madera, pues la muleta y el bastón no bastaban. El hombre, sentado en la puerta de la casa, probaba con restos de madera, hasta que consiguió diseñar una «pata de palo». La pierna derecha, la que le faltaba, ahora quedaba apoyada contra el piso, gracias a su ingeniosa obra.

La tristeza, la escasez y la soledad hicieron de los meses siguientes tiempos de penurias, cada vez más difíciles. No había con qué comprar comida, tampoco había plata para pagar el arriendo, ni siquiera quedaba dinero para el estudio del niño. Así, una de esas tardes, mientras Berenice limpiaba la herida en la pierna de su cóntuge, decidió que era hora de trabajar. Berenice y Héctor se encargarían de buscar algo que hacer y Sergio esperaría a recuperarse completamente. Tan pronto comunicaron la decisión a los conocidos, la sastrería de Daniel Trujillo les abrió las puertas. Las lecciones aprendidas en Campoalegre los hacían aptos para el ejercicio de la costura y a estas alturas cualquier ocupación parecía una buena tarea. Aquella sastrería les dio los primeros centavos. Cuando las semanas eran buenas, Héctor y Berenice ayudaban al sastre y entonces los Pardo podían pagar el arriendo y comprar algo de comer. Si había suficiente trabajo, el pequeño apuraba la tarea para correr al mercado y comprar vísceras de res. Sus padres, esperando en casa, estaban listos para convertir el encargo en un «picado de pajarilla»; el singular guiso los ponía

alrededor de la mesa, satisfechos con el fruto de su labor. Pero cuando los días eran mezquinos en la Sastrería, la mesa de los Pardo se resentía. Hijo y madre rogaban por cualquier remiendo, alguien con un pantalón descosido o una camisa rasgada, pero si los clientes no tocaban la puerta, la alacena quedaba vacía. Esas tardes ellos tardaban en volver a la casa. Luego, junto a Sergio, los tres esquivaban las horas de las comidas con una jarra de agua de panela y algo de pan.

Pero ni siquiera esa sensación de abandono hacía que Sergio cambiara de parecer. La fidelidad a sus ideales estaba intacta. Lo que Berenice se preguntaba era si los líderes del partido mostrarían la misma lealtad con él. Lo vivido en Acevedo, el veto en Campoalegre y el accidente en Ibagué lo habían llenado de resentimiento y ahora con más razón quería protestar contra el régimen; hacerles saber de los inconformes como él, recordarles cuántos seguían desafiando y erguidos contra el estado. En sus pensamientos, Sergio no hallaba explicación para tanta oposición. Hasta ahora había sido hombre de su casa, trabajador siempre fiel al partido y al sindicato: esas razones motivaban la persecución. Por eso, en medio de la estrechez, encontraba argumentos para reunirse con sus amigos; líderes populares como los de Campoalegre convencidos de la legitimidad de sus reclamaciones. Sus encuentros eran fugaces porque las «cruzadas anticomunistas» se esforzaban por saber en qué parte se reunían los rebeldes, los opositores al Gobierno. Ahora los grupos de desterrados, entre los cuales estaba Sergio, actuaban en completa clandestinidad, decididos a desafiar al mundo, amparados bajo el manto de la oscuridad. Cada uno, desde su propio bando, encontraba justificación a los pasos que daba y así se llevaban por delante a cualquier contrincante. En medio de semejante panorama,

resonaban en la radio las palabras de Pedro J. Berrío, ilustre líder antioqueño:

—“En estas horas de mi vida, piso ya los umbrales de la eternidad y me llegaré a Dios con la conciencia tranquila, porque jamás he dado cabida en mi corazón al odio sectario. El País entero está dominado por el odio” —concluía apesadumbrado.

La cruzada que seguía los pasos de los liberales se hacía llamar «anticomunista», pero según recuerda Héctor, entre los amigos de su padre, que conoció, no había comunistas; algunos eran liberales y otros anti-gobiernistas, pero comunistas ninguno, y mucho menos su padre. Lo de ellos, en Campoalegre, Acevedo e Ibagué, era un movimiento de resistencia autóctono, un producto nativo, una confabulación regional. Los persiguieron, los expulsaron, los descalificaron, los despojaron de sus propiedades; entonces, obedeciendo a los líderes de su partido, se unieron esperando ver sus vidas amenazadas nuevamente para actuar, según su propio criterio, en defensa propia.

Capítulo IV

1949-1951

Los años pasaban, pero desde el 9 de abril, la vida de muchas personas no volvió a ser la misma. Las palabras del presidente Laureano Gómez tres años después, el 9 de abril de 1951, sintetizaban en una sola frase su objetivo tras la muerte de Gaitán: «La reconquista de la tranquilidad pública perturbada tan profundamente como consecuencia de la subversión del 9 de Abril...», así empezaba un discurso del Presidente. Así quedaba descrita la toma protagonizada por Sergio, en Acevedo, como un evento difícil de olvidar. El hombre y su hijo de ocho años se habían convertido en rebeldes. Uno, culpable por encabezar la toma, y el otro, cómplice, a su corta edad, por haber asustado con una «bomba de papel», a la turba ensañada contra su padre un mes después. En esa misma fecha, el periódico conservador, «El Siglo», recordaba los hechos con un escrito inolvidable: «...el 9 de abril aún no ha concluido. Esta ola de bandolerismo que ha assolado el país es fruto consecencial de esa fecha. Bajo esa negra noche, que el resplandor de las llamas criminales hacía moralmente más oscura, quedó desecha toda la tradición de la República, despedazada su alma, desfigurado su carácter. Apenas la mano providente de Dios pudo salvar a nuestros mandatarios, conservar a nuestro partido en el poder

y dejarnos un resto de patria para volverla a edificar de nuevo. 9 de abril, día de abominación, ¡quién pudiera arrancarte de la historia colombiana para no seguir avergonzándonos con tu recuerdo!»

Con cada discurso, los autores de las acciones de esa terrible fecha eran más culpables ante los ojos del mundo, mientras los días difíciles esperaban por llegar. Cada pronunciamiento otorgaba condenas contra quienes, según los líderes de turno, deshicieron una próspera y pujante nación en medio de la revuelta. Cada alocución los hacía culpables, sobre todo de lo que ellos no habían hecho. Por eso, Sergio y sus amigos, no estaban de acuerdo con estas sentencias; según creían, a las declaradas víctimas de ese evento había otras por agregar. Para ellos, también eran víctimas quienes habían perdido sus viviendas, quienes las dejaron abandonadas, los despojados de sus prestaciones, los que perdieron su dinero, aquellos a quienes privaron hasta de su sueldo y, luego, les impidieron volver a trabajar. Sentirse damnificado por la revuelta era un reclamo estatal, pero los amigos de Sergio estaban convencidos que estaban sufriendo la peor parte. Para entonces, Colombia tenía cerca de cinco millones de habitantes, y los muertos de 1950, por las disputas, alcanzaban más de cincuenta mil. Pero era evidente que la cuenta de muertos había empezado a subir, sin embargo, mucho antes de esta fecha, desde 1930. En 1946, dos años antes del levantamiento por el asesinato de Gaitán, el cambio de gobierno había marcado un hito sangriento en la nación. Con todo y eso, en los señalamientos oficiales la violencia había llegado a Colombia con la insurrección popular del 9 de Abril.

Ibagué, ahora la tierra de los Pardo, estaba convertida en un polvorín, y el Tolima estaba igual al resto del país. Los

éxodos aumentaban y el número de familias desterradas, resueltas a defender su vida de cada ataque violento, seguía creciendo.

Los trabajos con la costura aumentaban poco a poco y los Pardo pudieron, después de tantos sinsabores, conseguir una casa dónde vivir. Estaba muy cerca de su antigua habitación, quedaba en el mismo barrio. Allí, entre risas y sollozos, instalaron su propia sastrería: la sastrería Gentleman. Un anuncio en la radio promocionaba su trabajo diciendo: «En inglés *gentleman* quiere decir caballero elegante, *gentleman* es el nombre de la mejor sastrería de Colombia». El negocio se convirtió en un buen sitio de reunión. Las noticias hacían aun más calientes las tardes en la sastrería. Allí iban a parar algunos fugitivos del sur o del norte del Tolima. Las noticias de matanzas y asesinatos llegaban hasta el negocio de costura, provenientes del Quindío, de los Llanos Orientales, del Huila, de Santander; en todos lados la situación parecía la misma. Cuando la gente tocaba la puerta, contando sus historias de desamparo, Sergio los trataba de la misma forma como a él lo trataron sus amigos desde el día de su salida de Acevedo. A la hora de dar comida, los Pardo la servían, si era hora de ayudar con dinero o abrigo, su casa siempre estaba disponible. De alguna manera la sastrería era un lugar de encuentro para los liberales amenazados. En sus pensamientos, los Pardo no se veían como enemigos de nadie, creían, mas bien, que eran amigos de quienes enfrentaban su misma situación, aunque este hecho los ubicara de primeros en las listas de comunistas.

A mediados de los cincuenta, la sastrería daba muy buenos resultados. El negocio ya tenía quince obreros trabajando bajo la supervisión de Héctor. El niño de once años coordinaba la

producción general y dirigía el negocio mientras su padre lo administraba. Muy temprano, el pequeño abría las puertas y recibía a los obreros. Pese a todas las responsabilidades, el joven sastrero no perdía las esperanzas de estudiar, por eso dispuso el tiempo para volver a la escuela donde cursaría segundo de primaria. Pero el entusiasmo solo le duró unos meses; en la escuela del profesor Quiroga le era imposible atender todos los compromisos de la sastrería. Por esa razón decidió instruirse en algo práctico. Después de mucho pensarlo, inscribió su nombre como aspirante a un curso de mecanografía. Ciento veinte veces por minuto tecleaba el mismo ejercicio frente a una máquina de escribir manual: «*las mariposas microlepidópteras pertenecen a la familia de las pirálidas*». La noche lo sorprendía repitiendo el enunciado, pues durante el día era preciso repartir las responsabilidades entre los obreros del local y supervisar toda la producción.

Uno a uno, todos los obreros, empleados de los Pardo, recibían con respeto las instrucciones del chiquillo. Él sentía que los días de tanta necesidad estaban pasando. Ahora el trabajo llegaba hasta la puerta de su casa. Muchos amigos, muchas ayudas, muchas súplicas los pusieron al frente de una pequeña empresa que acabó con tantas angustias y dio aliento a sus vidas.

Pero las matanzas muy cerca de Ibagué y las arengas de los padres del liberalismo no dejaban a Sergio concentrarse exclusivamente en su establecimiento. Los ataques sumaban pobladores de la ciudad y el campo sacrificados porque lucían una prenda roja o azul, porque no querían vender a bajo precio sus propiedades, porque con osadía pedían un salario más cuantioso o simplemente porque sí. Con los días, comenzaba a sentirse inconforme con su participación en la lucha.

Estar en desacuerdo con el Gobierno y animar de corazón a los sublevados no era suficiente para acabar con la situación. Su familia había pagado un precio muy alto por guardar lealtad con sus ideas, pero con los días esa lealtad era poca en comparación con tantas atrocidades. Poco a poco el sentimiento pasó a ser una fuerte convicción y más que eso: se transformó en un llamado.

Cuando el país ardía por la confrontación, Sergio conseguía el periódico. Su hijo esperaba ansioso la llegada de su padre para encontrar hojas nuevas donde leer, pero sus ojos siempre se detenían en la misma parte. Los diarios hablaban de exclusivas reuniones del alto gobierno y los partidos políticos en «El Gran Batel», un prestigioso restaurante de Bogotá, donde los líderes del país negociaban, mientras sus seguidores se mataban en las calles. Por las tardes, cuando el trabajo estaba terminado, el pequeño recortaba las fotos de las reuniones. Sonrientes, así lucían los contrincantes políticos sentados frente a sus oponentes, mientras en su nombre, la gente del común, se quitaba la vida por cualquier pretexto. Por eso su padre reía al ver los anuncios de paz después de cada cumbre política. Según oía, las matanzas eran cada día más crueles. Quedaba poco de los hombres que huían sin oponer resistencia, como lo había hecho él. Ahora las familias completas respondían con todo el ímpetu, y las células locales comenzaban a asociarse, con sigilo, a la espera de una señal. Los días eran oscuros y nadie parecía saber cómo ponerle punto final al enfrentamiento. Nombres como el de Guadalupe Salcedo, en los Llanos Orientales; Efraín González, en Santander; el Cóndor, en el Valle; y El Lobo, en el Tolima, no importaban si eran liberales o conservadores, inspiraban miedo, signifi-

caban muertos y, ante su sola presencia, sus enemigos temblaban. Unos comunistas, otros no; unos a la derecha, otros a la izquierda, pero casi todos obreros y hombres del campo. Así todos se atribuían el derecho a disparar sin saber a ciencia cierta a quién estaban obedeciendo. Cada uno aseguraba que luchaba defendiendo la igualdad contra el verdadero monstruo, a veces vestido de azul, a veces teñido de rojo. La sangre era el idioma universal; a balazos, así hablaba la gente y en medio de los tiroteos quedaban expuestos todos los niños con la cara de Héctor y con cualquier otro nombre. Los más pequeños seguían esperando el regreso de su padre, una cama para pasar la noche y una comida caliente.

Visitantes de todos los lugares, amigos de amigos, víctimas de padecimientos causados por el enfrentamiento, llegaban todos los días a la sastrería. Entre todos los clientes había dos muy notorios. El primero era un cantante de nombre Oscar Agudelo. El artista arribaba al negocio de los Pardo para encargar los trajes para sus presentaciones musicales. Héctor tomaba las medidas esperando impaciente oírlo tararear alguna canción, pero nunca pronunció ni siquiera una línea de los temas que, en su voz, ponían una y otra vez las emisoras locales.

«Desde un tétrico hospital,
Donde se hallaba internado
Casi agónico y rodeado
De un silencio sepulcral,
Con su ternura habitual
La que siempre demostró,
Quizá con esfuerzo o no
Desde su lecho sombrío
Este enfermo, amigo mío,

Esta carta me escribió:
Querido amigo quisiera,
Que al recibir la presente
Te halles bien y que la suerte
Te acompañe por doquiera.
Por mi parte, y mal pudiera,
Decirte que estoy mejor
Si al contrario es mi dolor
Postrado en mi lecho abyecto
Yo soy un pobre esqueleto,
Que a mí mismo me da horror.

»La carta es para decirte
Que si podés algún día
Vení a hacerme compañía
Vos que tanto me quisiste.
Estoy tan solo y tan triste
Que lloro sin contenerme,
Ya nadie suele quererme,
Todos se muestran impíos
De tantos amigos míos
Ninguno ha venido a verme.
Hoy yo te doy la razón
Pues veo en mi soledad
Que la llamada amistad
Es tan solo una ilusión
Cuando uno está en condición
Tiene amigos a granel,
Pero si el destino cruel
Hacia un abismo nos tira
Vemos que todo es mentira
Y que no hay amigo fiel.

»Bueno aquí ya me despido,
Al poner punto final
Recibí un abrazo leal
Del que siempre te ha querido,
Y a tu mamá que no olvido
También mis recuerdos dale,
Mucha devoción mostradle
Y de caricias colmadla,
Vos que la tenés cuidadla
Si supieras cuánto vale.

»Llegó el domingo y ansioso
Por aquel amigo leal
Penetré en el hospital
Angustiado y pesaroso.
Me dirigí silencioso
Al lugar donde sabía
Que su lecho encontraría
Mas ¡ay! ni bien lo encontré.
Asombrado me quedé
Al ver la cama vacía».

La tragedia detrás de cada tema musical apenas armonizaba con el ritmo del país.

El segundo cliente que llamaba la atención de los Pardo era muy joven y se presentaba como amigo personal de Leonidas Borja, apodado el Lobo en los archivos oficiales. Desde el principio, dijo escuetamente cuál era su propósito. También tenía contactos con Jesús María Oviedo, mas conocido como Mariachi quien, a estas alturas, había organizado su propio comando armado. Detallaba con gran precisión los enfrenta-

mientos ocurridos en el Tolima y el Huila. Narraba en forma escalofriante las matanzas atribuidas a la «Policía chuladita» y la «cruzada anticomunista». Sabía lo sucedido en el monte y tenía una explicación particular a cada movimiento del Gobierno.

—Ellos necesitan nuestra ayuda —decía constantemente.

—¿Y cómo podemos ayudarles? Como puede ver, ni siquiera me puedo ofrecer de voluntario, porque allá en el monte es más notoria la ausencia de esta pierna —decía Sergio.

—De muchas maneras puede ayudar, compañero, el que tenga voluntad vaya diciendo porque llegó la hora de la verdad —le respondió.

Sus palabras eran pocas pero causaban un gran efecto en Sergio. Después de cada historia, se identificaba más con los hombres alzados en armas y menos con el Gobierno. Esas reflexiones lo hacían buscar el radio cuando la Sastrería quedaba sola. Pero el aparato no era fácil de manipular; el equipo era una gigantesca estructura apostada en uno de los muebles de la casa. Con paciencia y muchos intentos, sintonizaba los llamados de su partido a levantarse, a defenderse, a mantenerse en pie de lucha. Cada nueva declaración animaba su espíritu voluntarioso. Después, ubicaba emisoras rebeldes de distintos lugares del mundo. A las dos de la mañana, Héctor, rendido de cansancio, dormía mientras su papá oía entusiasmado las transmisiones revolucionarias con las cuales mantenía viva la llama de la confrontación.

Una mañana, después de leer el periódico, Sergio tomó una decisión irreversible en la vida de todos a su alrededor.

—Oiga, dígame a sus aliados que la sastrería y yo estamos listos para ayudarlos.

—Pues primero necesitamos uniformes —contestó sin vacilar el amigo del Lobo y Mariachi.

—¿Cómo hacemos?, no tenemos tela caqui —se preguntaba.

—La tela puede teñirse, ustedes los hacen como puedan con las cosas de la sastrería y nosotros les avisamos cuál es el término para recoger el pedido. Lo más importante es confeccionar los uniformes la noche anterior a la fecha de entrega, así es más difícil que los descubran —dijo mientras extendía la mano.

La sastrería siguió siendo un territorio dedicado a la costura y un punto de encuentro. Pero en la fecha señalada, a las seis de la tarde, cuando las puertas del negocio cerraron, cinco hombres de confianza tomaron café y empezaron a trabajar en el encargo. En la cocina preparaban la tintura y volvían caqui el dril blanco. Cuando la tela estaba lista, buscaban hilos, reatas y todo lo necesario para fabricar los uniformes destinados a combatientes desconocidos que empuñaban un arma. Esa noche hicieron docenas de ellos. Sergio daba las órdenes y su hijo, de once años, cumplía cada exigencia al pie de la letra. Para él, quien ya estaba acostumbrado a hacer trajes completos, estas no eran las mismas costuras de siempre, eran su pago a todas las amenazas dichas contra su padre en Acevedo, por las acusaciones que les hicieron en Campoalegre, por la pierna de Sergio. Estos pantalones eran más que una pieza de costura. Eran el pago de un niño a todas las lágrimas de su madre. Eran contra quienes les habían quitado su casa y comida. Estos pantalones eran la retribución a todos aquellos que le habían enseñado a llorar. Aunque no lo entendía, a su edad, ya conocía el odio y ahora estaba probando el deleite de la venganza.

A las cinco de la mañana el encargo estaba listo y los obreros cansados. Pero no había forma de claudicar. Para no despertar sospechas, la sastrería abriría ese día como siempre. Empacaron el pedido en sacos de fique y entonces se produjo la entrega. Sin preguntas, sin pago de por medio, sin retribución a cambio. Un individuo, en un carro, recogió el fruto de una noche de esfuerzos. Los Pardo disfrutaron de esta ocasión para celebrar.

—De aquí saldrán los uniformes y de ser necesario también saldrá alguna otra ayuda —decía Sergio.

Ahora no dudaba y sabía que estaba apostando la vida suya y la de su familia a esta lucha; la causa escogida por él, la única vía para la transformación que conocía. Recordando las palabras de sus amigos, ahora todo lo hacía con prudencia. Un sastre normal, cojo, dedicado en sus horas libres a pensar en la revolución, no podía despertar sospechas.

Los encargos convirtieron oficialmente a «Pata de Palo» en el «Contacto en Ibagué». Después de dar el primer paso en la lucha clandestina, los otros fueron más simples. Sergio personalmente fue a buscar a los jefes de las tropas rebeldes escondidos cerca de su ciudad. Así conoció a Leonidas Borja, luego él mismo estableció contacto con Mariachi, Turpial, Rayo, Espada y otros jefes armados. Sus nuevas responsabilidades en la lucha lo ascendieron a «Comisionado», un contacto de fiar, capaz de proveer para las necesidades de los comandos clandestinos. Sin prevenciones, reunió a los aliados de la sastrería y los puso al tanto de la situación, les contó la verdad a los más cercanos, pues si conocían su pasado podían compartir esta revelación. Después invitó a participar a Daniel, el médico, y a un hermano de este. Los dos le habían tendido la mano cuando llegaron a Ibagué. Luego de contar-

les los compromisos adquiridos con el movimiento rebelde, les explicó sus motivaciones y así los dejó en libertad de decidir si estaban dispuestos a apoyarlo o no. Algunos decían sí, otros se negaban. Sin embargo, todos escuchaban la historia; una llena de motivos para Héctor. En la mente del niño no había espacio para pensar en las víctimas que dejarían a su paso, los comandos apoyados por su padre; en su cabeza no había lugar a imaginar el dolor causado por estos combatientes a otras familias. Para él, este era el bando de los buenos y como en las películas de los superhéroes, eso hacía legítima su guerra.

—No me metí en esto, Berenice, ellos me metieron. Lo único que quería era tiempo para ver crecer a Héctor y fuerzas para ayudarles a los otros como yo. Pero me declararon criminal y perseguido, tenía que defenderme —repetía Sergio con cualquier pretexto.

—Dios es el único que entiende lo que estamos haciendo y el vio cómo nos han tratado —contestaba Berenice.

Héctor no necesitaba explicaciones, su padre era frente a sus ojos el único héroe. Como lo veía, su padre y los comandos armados únicamente defendían, nunca atacaban. En los pensamientos de Héctor solamente estaba disponible esa cara de la moneda, así no había lugar a las dudas y tampoco había temor. Defenderse era la consigna, pero para hacerlo otros pagaban el precio de la violencia. Cada paso era una semilla en el camino elegido, aunque sus pasos sembraban muerte en otras vidas tan convencidas de su propia causa como lo estaban ellos.

Capítulo V

1952

En 1952 el levantamiento se convirtió en una lucha de guerrillas que alcanzaba todo el sur del Tolima. Otros departamentos estaban cobijados por la contienda, pero los acontecimientos en este departamento tocaban directamente la casa de los Pardo. Cuando ya los hombres tenían estrategias para obtener uniformes, contactos seguros y comida permanente, entonces una nueva necesidad llegó a la sastrería de la carrera quinta con calle veinte de Ibagué. Sergio recibía peticiones constantes porque los combatientes quedaban sin munición rápidamente, y aunque tenían cómo obtenerla, lo difícil era encontrar un transporte seguro. Las carreteras estaban llenas de retenes y los policías requisaban constantemente. Enviar la munición representaba un riesgo constante, pero necesario. La discusión llegó como siempre a la casa de los Pardo.

—Guardar la munición no es problema, en mi casa la puedo esconder; el asunto es cómo traerla hasta aquí —se preguntaba Sergio.

—Porque no contratamos un camión para traer verdura y entre los guacales ponemos la carga —proponía uno de los integrantes de la red.

—Lo mejor es que vaya por los primeros cargamentos, así sabré qué hacer. Luego ponemos un emisario al frente. Si el contacto con el armamento ya está listo en Bogotá, pues salgo para allá mañana —le puntualizó.

La noticia causó revuelo en la mesa de los Pardo.

—¿Por qué siempre termina con todo el peligro a sus espaldas, “mijo”? Ni siquiera puede correr. Mande a uno de los jóvenes —reclamaba Berenice.

—Esta vez voy yo, “mija”, espéreme como siempre. Héctor le ayudará con la sastrería —respondía con firmeza.

Pero el niño insistió en acompañar a su papá. Sergio no podía oponerse, Héctor podía ayudarlo a aligerar el paso. Esa noche casi no pudieron dormir. Eran conscientes del riesgo tras la misión, pero dentro de él obraban el odio y el resentimiento para mantener la decisión. Muy temprano salieron hacia Bogotá. Era la primera vez que iban a la capital de la República.

La mañana fue muy difícil para Berenice. Acompañar a su marido en una pelea tan desigual, era una cosa, pero mandarlo con el niño, su único hijo, su pequeño de doce años, eso no dejaba de atormentarla. Sin embargo, como siempre, padre e hijo salieron de la casa sin escuchar nada de nadie.

Según las instrucciones, buscaron el matadero ubicado en la calle trece abajo de la treinta, en Bogotá. Según las indicaciones, debían esperar, pues el «Contacto en Bogotá» llegaría con la munición. Todo ocurrió como los Pardo lo habían imaginado. Un hombre sencillo los abordó, preguntó por un conocido mutuo y puso en sus manos un costal repleto de cajas con provisiones para la guerra. Con el cargamento en sus manos, los Pardo caminaron en busca de los combatientes para entregarles la munición. El sitio donde la tropa esperaba

era Rovira, en un lugar cerca de la carretera donde había una mina abandonada llamada «Yeso Cal».

Para llegar al punto acordado había que desviarse de la carretera, pasar la mina, cruzar una quebrada y esquivar un barranco; justo ahí iban a encontrar los combatientes ansiosos por recibir los pertrechos. Leonidas Borja, así llamaban al destinatario. El cabecilla, en persona, vigilaba la cañada con la pretensión de conocer a los varones elegidos para el transporte del armamento. Se mostraba entusiasmado con la idea de conversar con ellos. Luego de caminar en silencio por el trayecto acordado, acompañados del sonido de su propia respiración, Héctor y su padre lo localizaron. Mientras charlaban, notaron la presencia de decenas de guerrilleros escondidos entre los matorrales, asegurando el terreno. Uno en especial llamó la atención de Héctor, le decían Chispas; era uno de los más jóvenes del grupo. Hablaba con Héctor mientras Sergio discutía los asuntos más significativos con el Lobo, como apodaban a Borja. Héctor trataba de calcular su edad, unos dieciséis años tal vez, y estaba tan resuelto por la lucha armada como cualquiera de los mayores. Según sabían este no era el único adolescente militando en la contienda, en otros sitios del Tolima y Santander habían hasta niños portando armas y participando en la disputa. Chispas hablaba con Héctor y le explicaba las razones por las cuales seguía al Lobo. La reunión tardó varias horas, el «Contacto en Ibagué» y su comitiva departían sin afanes. Al finalizar el encuentro, los guerrilleros caminaron en dirección a la parte alta de la montaña, mientras los demás buscaron la vía principal para regresar a casa. El señor Mosquera, un buen amigo y voluntario de la misma causa, esperaba en la carretera en su taxi viejo. Este no dudó ni un minuto cuando Sergio le propuso

incorporarse al «comando en Ibagué». Ese día, por ser el primer viaje, todos estaban nerviosos y calculaban cada paso en voz alta.

—Vamos para la casa —le dijo Sergio después de cerrar la puerta del carro con una sonrisa inmensa en su rostro. —Y tranquilo señor Mosquera, en este carro no hay nada por lo que nos puedan acusar, recibimos y entregamos pero nos quedamos igual que como salimos de Ibagué. No hay nada por lo que nos puedan culpar —le dijo.

—Yo sé, señor Pardo, pero una cosa es decir: «yo voy» y otra muy distinta estar aquí.

En medio de la inquietud, Héctor callaba. Cada día hablaba menos pero maduraba más. Había aprendido cuánto valía su silencio; entendía el valor de su discreción. Como lo veía, cada vez que callaba le hacía un favor a la lucha de su padre y a la contienda causante de todos sus desvelos.

El viaje para buscar la munición era rutinario. Sergio y Héctor esperaban junto al matadero en Bogotá y luego iban hasta «Yeso Cal» en Rovira.

A pesar que el recorrido se había hecho costumbre, el señor Mosquera, Héctor y Sergio todavía llegaban sobresaltados a la meta, después de cumplir el cometido en cada viaje. Sin embargo, una mañana el trayecto en busca de la munición cambió. Ese día el ejército esperaba junto a la mina. Padre e hijo contemplaron preocupados el panorama. Traían un costal lleno de proyectiles y, al otro lado de la mina, Leonidas Borja estaba esperando, acompañado por ocho de sus hombres, empuñando su arma y listo a matar a cualquiera que se atravesara en su camino. No había alternativa, no había manera de retroceder. Los soldados estaban avanzando lentamente hasta el carro para requisarlo. El señor Mosquera, en ese momento,

era el más calmado, por eso tomó la iniciativa cuando vio a los soldados acercarse.

—Bájese, “mijo”. Saque ese costal del baúl y camine derechito —le dijo a Héctor.

Obedeciendo, lentamente sacó el costal del carro, lo arrastró hacia atrás, avanzó agachado hasta donde los soldados no podían verlo y se retiró del vehículo. Cuando estuvo lejos, cargó la munición sobre sus espaldas. Sin levantar los ojos, avanzó mirando al piso. Pasó despacio frente al taxi y sin alzar los ojos se aproximó al retén, ante la mirada vigilante de su padre. Héctor y su costal no despertaban ninguna sospecha. Fueron doscientos metros con el costal al hombro. Los soldados caminaban a su lado, agitaban las manos, gritaban dando órdenes y, en medio de todos, avanzaba en busca de un lugar seguro para él. Luego de sobrepasar el sitio de la requisita, siguió marchando sin tropezar. Cuando estuvo lejos del alcance de todos, entonces descansó. Bajó la carga y esperó atrincherado en la carretera.

El riesgo le hizo entender el peligro que enfrentaba. Ahora era prisionero de la ley del silencio. Nadie podía saber lo de sus viajes con su padre, lo de sus encuentros con la guerrilla, ni lo de las noches haciendo uniformes en su propia casa.

—“Nadie podía saber, pues nadie iba a entender” —pensaba Héctor.

Sergio y su hijo estaban metidos de lleno en su propia «guerra», como la llamaban. Cumplían distintas tareas clandestinas, pero básicamente se habían convertido en un puesto de empalme para distribuir elementos de guerra entre los alzados en armas del Tolima. La lucha era una prioridad que consumía sus vidas y no dejaba lugar a otros propósitos.

—Es una lucha de vida o muerte. Nos defendemos o nos matan —decía Sergio.

A veces se enfrentaban porque eran valientes, pero otras porque estaban asustados. Cada historia de un liberal ajusticiado, de un ataque contra algún gaitanista, alimentaba el odio que mantenía viva la lucha. Muchos motivos para tanto resentimiento estaban guardados bajo las aguas del río Combeima. Por ahí pasaban los ajusticiados sin orden judicial, quienes hablaban de mas y los opositores en general. A estas alturas, aquella era ya una guerra en la que mataban para salvar la propia vida sin guardar ningún rastro de arrepentimiento.

Exponer la vida era rutinario para los Pardo. En ocasiones entregaban la munición después de traerla desde Bogotá sin tropiezo. Pero cuando había contratiempos era necesario guardarla esperando la visita del contacto asignado para distribuirla. La primera vez que no pudieron concretar la entrega, el «Contacto en Ibagué» llegó hasta su casa cargando costales llenos de armas. Los Pardo tardaron varias horas para resolver dónde ponerlas. Después de cavilarlo mucho, decidieron dejarla bajo el piso de madera. La tarea fue dispendiosa. Primero levantaron todas las tablas sobre las que estaba construida la sala de la casa y bajo ella fueron poniendo munición y armas. El resto del encargo se camufló bajo la tela de los asientos tapizados en las sillas de la sala, justo abajo de los cojines. En esos lugares hubo espacio para todo: para la munición, la dinamita, los fusiles, los detonantes y los planos de cuarteles utilizados en el diseño de ataques. No había un solo lugar de la casa reservado exclusivamente para los Pardo. La casa ya no les pertenecía; un movimiento arrollador los arrastraba, llenaba todos los espacios y decidía por ellos el paso siguiente.

—“Ahora con mi papá estamos alcanzando una meta”—pensaba Héctor.

Cada vez que arriesgaba la vida, el niño sentía más cerca el cumplimiento de su sueño. En su mente, el Gobierno, la Policía, los agentes de inteligencia, los conservadores, los políticos se habían convertido en la verdadera amenaza: el enemigo. Cuando repasaba los días, desde cuando lanzó la «bomba de papel», en Acevedo, no encontraba en todos ellos un gesto de grandeza con su familia. ¿Por qué pensar en otros?, si a los demás no los detuvo su desamparo. ¿Por qué detenerse para evitar el dolor de otros?, si nadie se había detenido cuando ellos estaban sufriendo. Los sentimientos cada día estaban más arraigados en su corazón, pero tomaron más fuerza cuando conoció a otros desterrados por la violencia. Sentía su mismo dolor; cada vez que los oía hablar sentía su mismo miedo y después de verlos llorar, tenía su misma rabia. La palabra justicia, significaba, para Héctor, evitar el padecimiento de quienes experimentaban lo mismo. Justicia era estar con ellos y no detenerse ante nada mientras uno solo aún estuviera llorando. Justicia y venganza eran dos expresiones que se confundían en una sola.

Las exigencias eran cada día más grandes y los riesgos abundaban, pero los Pardo sabían que ya no podían detenerse. Los uniformes, la munición, las estrategias para los ataques y los heridos eran cuatro grandes necesidades del movimiento revolucionario. Para solucionar la cuarta, Sergio encontró una salida sencilla. Su amigo Daniel, el médico de la clínica, se sentía tan responsable, como Sergio, por la suerte de los guerrilleros liberales. Por eso su consultorio recibía, en absoluta reserva, hombres heridos en combate. Ubicarlos, trasladarlos y después devolverlos al monte, era otra responsabilidad del

«Contacto en Ibagué».

Una noche, cuando esos pensamientos los tenían despiertos, oyeron una voz en la calle.

—Abran la puerta —gritó un desconocido parado frente a la puerta principal de la casa.

Esa noche la sastrería reposaba de su jornada y los Pardo descansaban tranquilamente.

—Abran o tumbamos la puerta —repitieron.

Sergio se aproximó a la puerta a medio vestir y Berenice puso a su hijo detrás de su cuerpo, intentando defenderlo de algo que todavía no sabía. Sin más vacilaciones, Sergio retiró la tranca y abrió. Un comando del Servicio de Inteligencia de Colombia, SIC, esperaba en medio de la calle.

—Sigan señores —dijo Sergio amablemente y fue rodeando a su familia.

Entraron sin esperar, lanzaban las sillas al suelo, volteaban las mesas, golpeaban las máquinas.

—¿Qué está haciendo, señor Pardo? —preguntaban una y otra vez.

—Estaba durmiendo porque mañana los tres vamos a trabajar —respondió.

El ruido hacía saltar al niño parado junto a su madre. Los muebles, las ollas, todas las cosas caían por el piso. Las constantes reuniones en la sastrería Gentleman habían comenzado a despertar inquietudes en el SIC. Cuando ya quedaban pocas cosas para revisar, la decepción de los investigadores fue visible. En la casa no había rastro de nada; de los uniformes no quedaba ninguna evidencia y la munición estaba bien guardada.

—Le tenemos puestos los ojos encima, señor Pardo, va a acordarse de mí —le advertían.

Las requisas se repitieron hasta hacerse habituales. Los policías revisaban, pedían papeles y luego los dejaban una y otra vez.

Héctor sentía que, en la vivienda, un manto de complicidad los protegía, pero en la carretera era donde experimentaba el verdadero riesgo. El peligro estaba en las calles de Bogotá, Rovira o Viotá. Allí donde aguardaban la munición, era donde sentían miedo constantemente. Pedirla era un riesgo, viajar con ella por la carretera era una aventura y regresar a la casa luego de la faena les producía pánico.

Con los días, cada recorrido era más difícil. Por eso, ante la primera señal confusa en la vía, el conductor del carro daba la voz de alarma y Héctor debía encontrar la forma de sacar la munición del vehículo para llevarla hasta la casa. En una ocasión, los policías estaban en una de las entradas de Ibagué muy lejos de la casa. Desde el carro, donde iban los Pardo, era fácil ver el retén. Como la cantidad de pertrechos no era muy grande, Sergio pensó en una manera fácil de evadir el cerco policial.

—Bájese, “mijo” —dijo Sergio mientras detenían el taxi. —Nos vemos en la casa —recalcaba, en tanto su hijo tomaba entre las manos un paquete lleno de cajas de proyectiles de distinto calibre. No era mucha, pero alcanzaba a poner en riesgo la vida del muchacho.

La bolsa no era problema, pero si alguien miraba por encima vería inmediatamente las cajas. Por eso Héctor llegó rápido hasta una tienda y tomó las frutas que cupieron entre su equipaje y las puso encima para que ocultaran su botín. Ayudado por su inocencia, caminó nuevamente y pasó frente a los uniformados.

Nadie lo miró, tampoco revisaron el paquete del niño que se

deslizaba entre ellos. Caminaba sin parar. Cuando el peligro parecía superado, notó la distancia hasta su casa, no había manera de llegar a pie. Entonces tomó un bus. Con gran dificultad, abordó el transporte, pues el peso del equipaje era evidente. Un policía iba sentado en la última banca. El agente lo miraba. Intimidado por su presencia, prefirió acercarse a la puerta y esperar en una silla cerca de la salida trasera del bus para garantizar una escapatoria rápida si la situación lo obligaba. En ese momento la voz de una mujer lo asustó.

—Miren esas cajas en el piso —gritó para llamar la atención del agente—, tienen balas. Mire, señor agente, en esas cajas hay balas.

El escándalo obligó al agente de policía a reaccionar y detener el vehículo. Ante el peligro, el niño, asustado, pues la requisa era inminente, tomó la bolsa con rapidez para saltar a la calle. Pero la bolsa estaba desecha, una fruta descompuesta había mojado el papel y la humedad destrozó el paquete. Con el pedazo que quedaba aún en buenas condiciones, el niño tapó las cajas y saltó del bus. Corría con la respiración entrecortada y desviaba en cada esquina mirando para atrás. La sensación de tener muy cerca a sus perseguidores no lo dejaba detenerse.

—“No pueden alcanzarme” —pensaba.

Finalmente, el cansancio lo paralizó. Nadie lo perseguía y, en medio de su carrera, estaba llegando la noche. Caminó por muchas horas hasta su casa, llevando las cajas de munición que logró salvar en el bus. Cuando entró, Sergio lo miró atónito.

—Se me perdió el cargamento papá —dijo el niño aterrado. En silencio, los dos hombres de la casa voltearon las sillas de la sala y luego quitaron los rellenos de los cojines, mientras

Héctor contaba todo lo ocurrido. Con cuidado, abrieron espacio entre la espuma para acomodar las cajas que quedaron. Luego volvieron a poner las sillas en su sitio. Después durmió exhausto y confiando, ya nada podía pasar. En compañía de su padre, nada iba a ocurrirle. Su casa era la trinchera desde donde tomaban posiciones pero también era el escondite desde donde se defendían.

Capítulo VI

Finales de 1952, inicios de 1953

El sonido de un balazo estremeció toda la calle. Fue un solo impacto. Un golpe sordo y seco. Todos en la sastrería quedaron petrificados. Nadie se atrevía a mirar por la ventana y ninguno osaba asomarse a la calle. Cada uno, en el mismo lugar donde lo sorprendió la bala, esperaba para saber qué pasaba. Después del silencio, los murmullos dieron cuenta de lo que había ocurrido. El gerente de la Caja Agraria cayó herido de un tiro en la espalda cuando caminaba en dirección a su oficina. Era muy cerca de la sastrería de los Pardo, casi frente a su casa, ahí cayó la víctima. Nadie había visto al atacante. Nadie sabía dónde estaba el arma, aunque frente a todos estaba expuesto el cuerpo de un hombre baleado, herido, entre el negocio de Sergio Pardo y la carrera quinta. Los policías, viejos conocidos de la familia, empezaron a cercar la calle. Sin pensarlo mucho, uno de ellos, el más asiduo en los allanamientos, llegó hasta la puerta de la casa y preguntó por Sergio. Pero este no estaba. Sin importar lo que decían los empleados, entró. Revisó las habitaciones, la cocina, el patio y volvió hasta la entrada principal. Cuando estaba listo para irse, arrebató a Héctor a la fuerza.

—¿Ustedes le dispararon al doctor? —dijo en tono acusador.

—Estaba trabajando —respondió Héctor, tratando de ocultar el miedo.

—Vamos a ver quién está diciendo la verdad, porque un tipo nos acaba de confesar todo lo que pasa en esta casa.

Sin otra explicación de por medio, fue sacado a la fuerza de su vivienda mientras los vecinos gritaban pidiendo clemencia. Él no sabía quiénes hablaban, ni siquiera podía identificar las voces, pero oía cómo la gente protestaba mientras era subido a una patrulla. Sus ojos, desesperados, miraban la calle en busca de su padre. Pero este no apareció. En medio de las súplicas de los obreros y los vecinos, el jovencito de doce años fue puesto en el carro del Servicio de Inteligencia por un grupo de hombres armados. El carro cruzó rápido la ciudad. Cuando detuvo la marcha, Héctor quedó parado frente de varios agentes que lo observaban con recelo.

—Ustedes le dispararon al doctor. Ya sabemos, los delataron —le decían.

—Nosotros no hicimos nada. Estaba trabajando con los obreros —se defendía el pequeño.

—Uno de los compinches ya confesó, nos contó todo, su papá es comunista y por eso hirieron al doctor —repetía mirando al niño con curiosidad.

—Nosotros no somos comunistas, somos sastres —contestaba el niño una y otra vez.

Los agentes estaban impacientándose, pero él no decía nada. Solo repetía sin pensarlo las mismas frases.

—Viejo, llévelo a la pileta para ver si se anima a hablar —ordenó el jefe del grupo.

Héctor salió escoltado de la sala con dirección a un patio grande. En la mitad había una pileta de cemento, a su alrededor varios hombres desnudos lo miraban con angustia. Los

del Servicio de Inteligencia estaban vestidos y caminaban entre los detenidos, señalando quién tenía que entrar al agua. Aterrorizados, los seleccionados se resistían. Segundos después unos cables eléctricos hacían contacto con el agua. La energizaban y entonces los detenidos eran arrojados a la piscina. Todos gritaban. Héctor, llorando, cerró los ojos y cubrió los oídos con sus manos para no escuchar los gritos. Eran las diez de la mañana.

—Esta es su última oportunidad. Díganos la verdad y le juro que no lo metemos en la alberca —le insistían.

—Ya les dije la verdad; nosotros no somos culpables —se defendía el muchacho.

Los agentes miraban, caminaban a su alrededor, le mostraban los cuerpos extendidos y agotados luego de varias descargas. Pero no decía nada. Tal vez porque, en esta oportunidad, no tenía nada para decir. La verdad era que ellos no habían disparado.

A las cuatro de la tarde, uno de los más viejos arrastró al niño entre los pasillos y lo puso en una celda. Había por lo menos dieciocho personas más. Unos recostados en las paredes, otros yacían en el piso o apoyados contra los barrotes, algunos frotaban las manos o pasaban los dedos por la cabeza. El nerviosismo era evidente, pero ninguno hablaba. Él era el menor. A su lado uno de los presos lloraba. Cuando pudo verlo bien, recordó con precisión su cara. Perteneecía al comando de «Yeso Cal»; era uno bajo el mando de los Borja. Recibía la munición que ellos entregaban detrás de la mina; un guerrillero de botas y fusil, uno de los más importantes del campamento. Sin decir una palabra, miraba al niño y lloraba. De pronto, detrás de la celda, oyó una voz:

—Llévenme a mí, cobardes. Suelten a mi hijo. Mátenme si

quieren pero a él suéltelo, es inocente —vociferaba Sergio en la puerta de la prisión.

Con los gritos, una esperanza nació para Héctor que también lloraba observando a su amigo del comando de «Yeso Cal».

—Detuvieron a mi hijo de trece años y lo van a matar. Devuélvanme al niño —gritaba sin detenerse.

Entonces, un hombre de barba apareció en la puerta de la celda y preguntó:

—¿Quién es Héctor Pardo?

—Soy yo —respondió.

—Venga conmigo —le ordenó.

Héctor miraba con tristeza a su amigo de la mina. El hombre lo despidió sin hablar, y sin saber cual sería su suerte. El más joven de los detenidos caminó por el corredor en silencio. En ese momento el miedo lo invadía por completo.

—“Me llevan a la alberca” —pensó.

Pero el agente lo condujo hasta una puerta donde esperaba su padre. Cuando lo vio, se abrazaron frente al desconocido que los custodiaba. Él les señaló el camino hacia la calle. El sujeto los miraba fijamente, después volteó la cabeza hacia el interior de la casa y cuando se percató que nadie los observaba, los dejó salir.

—Váyanse rápido —les ordenó.

Salieron caminando tan rápido como podían.

—Nos dejaron salir para dispararnos por la espalda —dijo Sergio, pensando en voz alta.

—No mire para atrás, papá —le decía.

Pero no podían correr. Con las piernas tambaleantes, avanzaban tan rápido como el miedo los dejaba. El temblor en las piernas y la pata de palo les hicieron difícil el camino hacia

la casa, pero no les impidió llegar. Allá, otra vez reunidos, los Pardo se abrazaron.

—¿Quién era ese señor? —preguntó Héctor.

—No sé, “mijo”, pero le debemos un favor muy grande —le dijo.

Esa noche ninguno de los tres pudo dormir. Los hombres repasaban lo ocurrido. Berenice callaba. Después de tres días de inquietud, el mismo hombre reapareció frente a la puerta de la residencia.

—Buenas tardes, señor Pardo.

—¿Cómo está? —preguntaba—. Déjeme y lo invito a la tienda para tomarnos unas cervecitas.

Cuando Sergio entró a la pieza para tomar algo de dinero, le dijo a Berenice lo que estaba pensando.

—Vino el muchacho del SIC, el que sacó a Héctor. Viene por plata.

—Pues páguele, “mijo”, habrá que darle lo que pida —le dijo.

Sergio y su hijo caminaron en compañía de este desconocido. Cuando llegaron a la tienda, Sergio le preguntó directamente:

—¿Cuánto te debo?

—¿Usted cree que saqué a este niño de la celda por plata? No, señor Pardo, no lo hice por plata —le respondió.

—¿Entonces, por qué nos liberó? —insistió Sergio.

El joven tomó su cara entre las manos, suspiró y miró fijamente al dirigente sindical ahora convertido en líder clandestino.

—¿Usted recuerda, en el año cuarenta, al niño de la calle, al que recibió en su casa? Tenía la edad de Héctor cuando usted lo adoptó —le dijo.

—Claro, me acuerdo, pero él se fue de la casa hace muchos años y no supimos más de su vida —le respondió.

—Yo soy ese niño, señor Pardo, y estoy aquí para darle las gracias por todo lo que hizo por mí.

Sergio contuvo la respiración para no llorar. Bajó la cabeza y tomó aire. Por su mente pasaron los recuerdos del niño flaco y desnutrido y cómo escapó de su casa en Acevedo sin decir por qué. Cuando cobró ánimo, levantó la cabeza para repasar ese rostro nuevamente y despacio, sin prevenciones, entonces lo abrazó. No lo podía creer, el mismo hijo fugitivo, a quien tantas veces echó de menos, había aparecido en el momento más oportuno para su familia. El niño abandonado que estuvo con ellos seis años y acompañó a Berenice en los días de su embarazo, ahora era un hombre, el hombre puesto en el camino para salvar la vida de Héctor.

—Berenice tiene que verlo, vamos a contarle —dijo Sergio con dificultad.

—Vamos a saludarla —decía el joven—, pero antes óigame bien, señor Pardo, su familia está en peligro. A los que estaban en la celda con Héctor los mataron esa misma noche, los botaron al río Combeima. Hay mucha gente pendiente de ustedes, de todo lo que hacen; esta vez los pude salvar, pero el peligro es muy grande para ustedes.

Sergio y Héctor lo escuchaban con atención, mientras explicaba la situación. Los «escuadrones anticomunistas» estaban decididos a matar a todos los evasores de la ley si no podían ser capturados legalmente. La orden era acabar con el apoyo de los sindicatos, con el sustento de organizaciones populares y desaparecer a quienes lideraban el movimiento. La orden también era terminante si había sospechas de alguna relación entre esos mismos líderes y los comandos armados. A estas

alturas ninguno en la casa de los Pardo estaba a salvo.

Cuando se reunieron esa noche a comer, todavía pensaban en tantas casualidades juntas. Que Sergio no estuviera en la casa cuando ocurrió el atentado, que el niño adoptivo ahora trabajara en el Servicio de Inteligencia, que él hubiera escuchado los reclamos de Sergio cuando fue a buscar a su hijo. Todo parecía muy extraño.

—Demasiadas coincidencias —aseguraba Berenice.

Después de ese día, la familia se reunió completa otras veces. Sergio, Berenice, Héctor y el joven del Servicio de Inteligencia encontraban ocasiones para hablar, a veces él pasaba a saludar, a veces les revelaba las órdenes impartidas contra los integrantes de la red. Héctor disfrutaba tan solo con verlo. El lo había ayudado en el momento más pertinente desde cuando su familia se alistó en la lucha clandestina. Era un buen aliado. Entre ellos no había ideas políticas capaces de distanciarlos. Para él, ahora transformado en un agente del Estado, las palabras de Sergio eran suficientes. Lo que dijera este líder cojo no necesitaba ninguna prueba, pues ese sindicalista lo recibió en su casa cuando no tenía ninguna y le dio, como pudo, el abrigo que su vida necesitaba.

Los encuentros con el hombre de barba no detenían las obligaciones con la causa. La dificultad para hacer las entregas y buscar la munición, siempre en el mismo sitio, habían hecho que los Pardo buscaran suministros en otros lugares. Viotá era un punto alternativo de abastecimientos, pero «Yeso Cal» seguía siendo el principal sitio de entrega. Las reuniones detrás de la mina se habían transformado en citas políticas. En compañía de los combatientes, Sergio discutía las estrategias. Un día, estaban Leonidas Borja, también habían llegado Turpial y Espada. A Sergio lo acompañaba un anciano hacendado de

apellido Almanza. Los continuos ataques contra la finca del señor Almanza estaban acabando su patrimonio y su trabajo. Por último, le habían robado unas reces. Sergio presentó, ante los jefes de las tropas liberales, la queja del hacendado. Luego de varias horas de discusión, lograron ponerse de acuerdo. Entonces la comitiva procedente de Ibagué disolvió el encuentro. Los Borja, Turpial y Espada tomaron caminos separados; cada uno salió con un rumbo diferente y desconocido. Cuando se fueron, Sergio, Héctor y Almanza bajaron lentamente la montaña en busca del carro del señor Mosquera, que diligente esperaba en la calzada. Buscaron un desvío, pasaron una quebradita, subieron a la mina para salir del lugar; pero cuando estaban llegando al carro un tiro de fusil los detuvo en seco. Los disparos se oyeron varias veces.

—Mataron a Espada —dijo Sergio con angustia.

En medio de la confusión, todos saltaron a un barranco y cayeron rodando por el despeñadero. Fue en ese momento cuando vieron al ejército. No tenían nada en las manos para acusarlos, pero la cercanía del comando armado los ponía en evidencia.

—Nos denunciaron, papá —le dijo Héctor asombrado.

En medio de los militares, Sergio pudo ver cómo caminaba lentamente el señor Mosquera escoltado por soldados bien armados. El conductor ni siquiera los miraba. El señor Almanza tartamudeaba y era el más asustado del grupo.

—Corramos, lo importante es que no nos cojan —dijo Almanza.

—Nadie se mueve —contestó Sergio.

—Vienen para acá —continuaba Héctor.

Pero Sergio dio la orden de esperar. Los tres se levantaron y con los pantalones mojados, empezaron a caminar

en dirección a los soldados como si nada hubiera pasado. Héctor y Almanza obedecían.

—Las piernas me tiemblan, señor Pardo —dijo Almanza.

—Trate de caminar y no los vaya a mirar —contestó Sergio.

Cuando faltaban unos pocos pasos para estar frente a frente con los soldados, estos comenzaron a devolverse, subieron a los carros y salieron sin preguntar nada.

Apoyado sobre sus piernas, el señor Almanza trataba de respirar profundo mientras Héctor miraba atónito a su padre.

—Estaban buscando un caballo —explicó el señor Mosquera sonriente al ver que el peligro había pasado.

Sin embargo eso no explicaba los disparos, pero lo más importante era que estaban a salvo.

Cada misión representaba un riesgo, y en cada trabajo los Pardo dejaban un pedazo de sus propias vidas. Esos temores y la crueldad de las batallas los habían hecho duros ante el desastre; para entonces habían perdido la fe en todo los valores sobre los cuales habían sustentado sus creencias. Las palabras del obispo de Santa Rosa, a quien atribuían la frase: «matar liberales no es pecado», los había distanciado de la iglesia. Para ellos ya no había procesiones, trabajos para la parroquia y misas de domingo. Sergio y Berenice no estaban interesados en volver a la iglesia, pero Héctor tejía sus estrategias para ir alguna vez a las clases de doctrina. Desde el día cuando escuchó en Campoalegre hablar de Dios y del cielo, algunas cosas lo inquietaban. Aunque la principal motivación para no faltar a las clases dominicales radicaba en las revelaciones hechas por el sacerdote protagonista de las charlas semanales. El ministro respondía con impresionante seguridad las preguntas formuladas por los niños. La respuesta era convincente e inmediata. Héctor escuchaba y quedaba

perplejo con los testimonios del prelado. Cierta día, uno de los pequeños, preguntó:

—¿Cómo es el fin del mundo?

—Miren niños, les voy a explicar. Ustedes ven cómo se unen el cielo y la tierra en el horizonte, pues en la mitad queda un espacio muy pequeñito por el que uno casi no cabe, hay que pasar agachado para llegar al otro lado. Ese es el fin del mundo. Lo digo porque ya estuve allá.

Héctor imaginó el panorama, envidiaba al sacerdote por haber llegado tan lejos.

Al final de la clase, como siempre, el cura tenía una película de Tarzán para premiar a sus fieles asistentes del catecismo dominical. La película semanal era un encuentro cercano con los héroes triunfantes en todas sus batallas, un viaje gratis con los súper hombres capaces de someter a los malos y reducirlos a la impotencia. El repertorio no era surtido, al final de la clase repetían las mismas cintas rayadas. Pero no importaba lo viejas, ni lo rayadas, para Héctor la cita de los domingos a las dos y media de la tarde era un encuentro gratuito con la aventura. Una fiesta infantil sin preocupaciones de por medio, sin miedos y sin zozobra.

Capítulo VII

1953

El sacerdote hacía las advertencias finales mientras los novios estaban concentrados en los preparativos. Todavía quedaba mucho por arreglar. Los ingredientes para la celebración estaban incompletos y el vestido de los novios carecía de los detalles finales. Por fortuna, los invitados centrales a la ceremonia estaban confirmados. Después de tantos años de convivencia y con un hijo de por medio, Sergio y Berenice esperaban la llegada de la fecha para casarse como Dios manda y dar el sí frente a Héctor.

—Mañana a esta hora serán marido y mujer ante los ojos de Dios —recalcaba el prelado.

La casa estaba impecable y, por petición de Berenice, había flores decorando toda la vivienda. Los amigos de siempre llegaron para acompañarlos en la fecha más significativa de la familia.

—Los declaro marido y mujer —dijo, por fin, el sacerdote. Sus palabras le dieron al matrimonio una bendición por la que habían esperado más de quince años.

La hora de la celebración fue una ocasión perfecta para sacar a flote los ánimos seductores de Héctor. En el agasajo encontró el pretexto para encontrarse con la niña más bonita de su barrio. Su apellido era Aranguren; una jovencita bella, alta y

de ojos claros. Tenía un hermano llamado William, un buen amigo de los Pardo. Los Aranguren habían llegado de Rovira cuando la violencia les arrebató al padre. Para suplir las necesidades, William se alistó en el ejército, pero un año más tarde volvió decepcionado a su casa. Los Pardo los habían acogido como verdaderos amigos. En la casa de William escaseaba la comida, por eso, su madre y sus dos hermanas, esperaban confiadas lo que el jefe de esa familia pudiera hacer por ellas. La cercanía convirtió a Héctor y William en buenos amigos, compartían secretos y él, William Aranguren, disfrutaba la confusión provocada por su hermana en el pequeño sastre.

—Anímese, Héctor, a ver si la muchacha le pone cuidado.

—No me moleste, William, o le digo a mi papá —le respondió.

—Qué miedo, don Sergio me va a regañar. Me estoy asustando Héctor —le decía de manera burlona a su amigo.

Desde mucho tiempo atrás la casa no vestía sus galas para una fiesta y por eso todos los amigos encontraron, en este tardío matrimonio, una buena ocasión para disfrutar.

Al día siguiente, los Pardo estaban nuevamente listos para enfrentar la dura realidad. Una noticia en la radio les ayudó a poner los pies en la tierra. Era 13 de junio de 1953. El país había quedado en manos del general Gustavo Rojas Pinilla. Un golpe de estado sacó del Gobierno al presidente de la república, Laureano Gómez, y dejó a Rojas Pinilla listo para hacer una singular propuesta al país. Sin más preámbulos, el jefe de estado proponía una amnistía general. Esta sería efectiva primero para los policías y militares sublevados, con ocasión de la violencia partidista, y luego alcanzaría a los civiles insubordinados que decidieran acogerse en todo el territorio.

Las noticias parecían buenas para quienes habían optado por

el camino de la revolución y, sobre todo, para quienes estaban pagando muy alto el precio de la violencia.

En esos días las muertes se habían incrementado, incluso en ciudades como Ibagué. El último ataque, cerca a la sastrería, había costado la vida a una pareja de conservadores residentes en una de las viviendas de la cuadra. Como siempre, la crisis puso todas las miradas en Héctor, Sergio y Berenice. Los asesinatos provocaron una movilización masiva entre los vecinos. Gritaban airados desafiando a todos los liberales. El miedo hizo que Sergio cerrara la sastrería y esperara dentro de su domicilio el final de la manifestación. La turba, enardecida, arremetió primero contra la estatua de Jorge Eliécer Gaitán que, por aquella época, ocupaba un sitio al final de la calle. Después de derribarla, corrieron en busca de la sastrería Gentleman, donde vivían los liberales más reconocidos del barrio.

—En nombre del Sagrado Corazón de Jesús, salgan —gritó la gente enfurecida cuando llegaron frente a la casa de los Pardo. Los manifestantes golpeaban con fuerza la puerta de madera, pero en la casa nadie respondía.

—En nombre de la Virgen, entréguense —insistían y empujaban con más fuerza.

Cuando estaban a punto de derribarla, Sergio puso a Berenice y a Héctor en el patio trasero y les dio la orden de salir en busca de un lugar seguro. La mujer apretó al niño de la mano mientras trataba de saltar, pero Héctor soltó a su madre y corrió junto a su papá. Sergio había tomado entre sus manos una bomba casera que guardaba a la espera de una ocasión como esta. El explosivo aguantaba con la mecha dispuesta para ser encendida. Y él había decidido hacerla estallar si alguien entraba a la casa.

—Váyase con su mamá —gritó Sergio desesperado cuando vio llegar de nuevo a su hijo a la sala, y pararse junto a él frente a la puerta.

—Papá, vine a morir contigo —le respondió con firmeza.

Sergio no tenía tiempo para obligarlo a abandonar la casa, además Héctor ya no era simplemente un niño. Los años le habían cambiado los sentimientos, y los riesgos le habían enseñado a medir el peligro. A sus trece años había tomado una decisión irrevocable, prefería la muerte antes de dejar solo a su padre frente a otros que estaban dispuestos a arrebatárle la vida.

En ese instante la puerta se abrió y, ante los ojos de la multitud, un hombre cojo y su hijo esperaban una señal entre los manifestantes para detonar el explosivo. Sergio sostenía en la mano derecha, en forma visible, la bomba; en la otra mano, muy cerca de la mecha, atada al explosivo, alzaba un cigarrillo encendido. A su lado, Héctor esperaba. Asombrados ante el panorama, los vecinos enardecidos se fueron.

Estos episodios eran una constante y hacían soñar a familias como la de Héctor con una propuesta donde tuviera lugar la reconciliación y las posibilidades de una vida nueva. El nuevo Gobierno parecía interesado en responder a esa necesidad.

Para mostrar que hablaba en serio, el presidente, general Gustavo Rojas Pinilla, promulgó los decretos de rigor, capaces de dar vía libre a la propuesta de pacificación. La norma le daba amnistía a los policías y militares implicados en los asesinatos masivos cometidos en el período de la violencia partidista. Además les concedía mejores salarios y les otorgaba tierras en varios lugares del país.

Cuando la amnistía estuvo lista para los civiles, los Pardo tomaron un nuevo aliento. Sergio fue por su hijo y juntos cami-

naron en busca de los campamentos conocidos. Llevaban los discursos del jefe de estado y el muchacho repartía fotos de la familia presidencial. Él quería transmitir el entusiasmo a sus amigos combatientes, pues no tenía dudas de las intenciones del nuevo Gobierno y de su compromiso en la búsqueda de la paz. Las guerrillas liberales hablaban del tema porque la fatiga, con años de lucha sostenida, ya era visible.

Los Pardo, cada noche, compartían expectativas alrededor del radio. Oían las noticias sobre las iniciativas de paz. Los reporteros explicaban poco, decían que fue creada, en Bogotá, la Comisión de Paz encabezada por el general Duarte Blum.

Una circular dirigida por él a los jefes de la armada, la fuerza aérea y el ejército rezaba:

«Interpretando el sentir del excelentísimo señor presidente de la república, teniente general Gustavo Rojas Pinilla, lo autorizo para que a todos los individuos que en una u otra forma se hayan comprometido en hechos subversivos contra el orden público y que se presenten voluntariamente ante las autoridades militares haciendo entrega de armas, los dejen en completa libertad, les protejan sus vidas, les ayuden a reiniciar actividades de trabajo y los auxilien en sus necesidades más apremiantes cuando las circunstancias así lo exijan y usted lo estime necesario. Sírvase hacer conocer esta orden en todas sus dependencias y difundirla en las zonas afectadas de su jurisdicción».

Las noticias daban cuenta de los avances en las conversaciones entre comisiones gubernamentales y voceros de Guadalupe Salcedo. El 15 de septiembre, Guadalupe Salcedo firmó la paz después de haber ido, con trescientos guerrilleros y un pliego de peticiones de veinticuatro puntos, hasta un puesto

militar en Monterrey. El gesto aceleró procesos similares en los grupos de Bedardo Giraldo, Plinio Murillo y Dumar Aljure en el Meta. José María Oviedo, o Mariachi, como era conocido, hacía lo propio en el Tolima. Una vez Mariachi aceptó las condiciones, los Pardo fueron encargados de llevar la noticia a los otros comandos armados y luego preparar el transporte necesario para facilitar la entrega de armas. La consigna era desmovilizarse a cambio de tierras, herramientas y dinero para volver al trabajo agrícola. Mientras buscaban los camiones y volquetas para transportar a los guerrilleros, en todo el país se hablaba de acuerdos territoriales y de pactos entre liberales y conservadores.

Los antiguos combatientes, unos acusados de «comunistas», y otros comunistas de verdad, discutieron cómo repartirían la geografía de su región para consolidar el proceso y configurar la paz en el campo. Tomando el ejemplo del Meta, donde los comandados por Guadalupe Salcedo lograron un acuerdo para ocupar las regiones de San Martín, Fuente de Oro, Granada, Puerto Gaitán y la región del Alto Ariari, dejando a los conservadores en Acacias, Restrepo, Guamal, San Luis de Cubarral y Villavicencio, los grupos armados del Tolima avanzaban en la búsqueda de pactos regionales.

Con ayuda de los Pardo, en el centro del País se preparaban para entregar las armas Jesús María Oviedo (Mariachi), Leonidas Borja (El Lobo) y Chispas. Ellos discutirían con el Gobierno cómo operaría la desmovilización. El asunto tuvo muy ocupados a los Pardo por varios días.

—Héctor, hay que ir a las alcaldías de los pueblos de por aquí para organizar lo del transporte. Cada alcalde nos entregará unas volquetas para que nosotros nos encarguemos de movilizarlos hasta los puntos de entrega —le decían los del Gobierno.

El trabajo de Héctor con la sastrería y la organización del desplazamiento para la desmovilización eran extenuantes. Sin embargo les preocupaba que desenmascararan sus actividades ante los contradictores de la revolución. Una vez puntualizaran la logística del desarme, estarían descubiertos ante todo el mundo y sus contrincantes confirmarían las sospechas que habían operado como el comando ciudadano de un grupo alzado en armas. La notificación de una sospecha imposible de confirmar, para sus detractores, sería evidente por sus propios medios.

Sergio ya no se preocupaba por el asunto. Entre más oía hablar a Rojas Pinilla más tranquilo respiraba. Ese día puso en la billetera de su hijo una foto de la familia presidencial para reconciliarlo con la idea. Por la noche las muestras de afecto con la familia presidencial fueron más elocuentes.

—¿Qué es eso, “mijo”? —preguntó Berenice impresionada a su marido.

—Es el cuadro para la sala, “mija” —le respondió.

—¿Un cuadro de Rojas Pinilla? —preguntó.

—Sí, uno para que nos acordemos siempre del Presidente que le trajo la paz a este país —le dijo él mientras caminaba hasta donde ella y la abrazaba—. Queríamos que nos respetaran la vida y que respetaran la gente. Pues este hombre nos prometió eso, «mija», nos prometió tranquilidad. Nosotros nos desarmamos y el estado perdona todos estos años de crueldad para volver a empezar. ¡Eso es lo que queríamos!

En el cuadro estaba la familia completa: el general, su esposa, doña Carola, y su hija, María Eugenia.

—Ojalá, “mijo”, los demás estén tan entusiasmados como usted —dijo.

—Todos estamos comprometidos, por eso no se preocupe.

Todos estamos comprometidos —le respondió él.

Así, poco a poco vecinos, agentes de seguridad, representantes del Gobierno y clientes fueron sabiendo el lugar ocupado por el negocio de los Pardo dentro el movimiento revolucionario. Por fin conocían el papel que jugaban en el levantamiento un líder cojo y su hijo de trece años y cómo coordinaban acciones logísticas de apoyo desde su propia sastrería.

Héctor casi no salía de la vivienda, pero los aires de reconciliación comenzaron a darle confianza y encontró así la oportunidad para ir en busca de nuevos amigos. Con el ánimo renovado, salió a jugar a la calle. Se acercó curioso hasta un grupo de jóvenes que competía en un campo improvisado de lucha libre.

Uno de los competidores era Fejet, hijo de un teniente de la policía; un muchacho tan solitario y reservado como Héctor. Los dos jóvenes nunca hablaban. Varias veces Sergio le había advertido a su hijo los riesgos que corría si llegaba a cometer alguna imprudencia con el hijo de un oficial de la policía. Por eso el pequeño sastre lo evitaba. Pero los otros luchadores, entusiasmados con la idea de ser testigos de un verdadero enfrentamiento entre el hijo del «guerrillero» y el hijo del policía, los lanzaron al centro del campo para dar inicio a la pelea. Héctor, mucho más pequeño, tenía más rabia guardada. Cuando pasaba frente a la casa de Fejet, con el almuerzo de su papá, su vecino se lo arrebatava y varias veces se regaba en la calle. Por orden de Sergio, Héctor nunca respondía a los ataques, pero ese día todos eran espectadores y aquello no era más que un juego. Cuando sonó la campana, Héctor lanzó sus manos sobre el cuello del oponente aprisionándolo con fuerza. Mientras Fejet caía al suelo, el joven Pardo sacaba una buena porción del ánimo contenido para cobrarle, de una

vez y por todas, las innumerables humillaciones por las que le había hecho pasar.

A los cinco minutos la campana sonó para dar por terminado el asalto, pero Héctor aún no terminaba. Los espectadores comenzaron a gritar y uno de ellos lo abrazó para quitarle al contrincante que aprisionaba contra el piso. Por fin pudieron separarlos.

Fejet tomó distancia, respiró y se levantó sorprendido al ver la forma como ese muchachito lo había sometido. Mientras lo observaba, Héctor sacudía la ropa listo para volver a su casa, pero Fejet lo alcanzó y le dio la mano. Ese apretón fue el primer encuentro de dos vecinos, dispuestos a convertirse en auténticos amigos. Desde esa noche, salían juntos a jugar; nunca hablaban de sus casas ni de sus familias, lo que hacían era hablar de ellos y, sobre todo, divertirse.

Al día siguiente, aún saboreando la victoria, Héctor despertó temprano a fin de empezar con su papá la movilización para el desarme. Uno de los que habían recibido la amnistía era Leonidas Borja, el Lobo, que estaba listo para dejar la lucha con trescientos ocho combatientes. En la casa era audible la voz de Berenice, pero padre e hijo no pronunciaban ni una sola palabra, en sus mentes solo tenía cabida la cita concertada entre sus amigos y la ilusión de una nueva vida. Después del desayuno, salieron para el centro del departamento. En total los acompañaban ocho volquetas. En la primera iba Sergio, el contacto en Ibagué acomodado en la cabina, junto al conductor. Con total reserva le indicaba cuál era el destino mientras la caravana los seguía. Los preparativos adelantados con gran discreción intentaban no exponer la vida de los guerrilleros. El primer punto de encuentro con los desmovilizados fue Rovira, hasta allí llegó la caravana

escoltada por Sergio y su hijo de catorce años.

Los hombres, unos vestidos de civil y otros uniformados, llegaban hasta los carros portando fusiles y escopetas. Cuando Héctor los saludaba, reconocía fácilmente los uniformes hechos por él. En medio de todos estaba Leonidas Borja. El Lobo abordó la volqueta vistiendo una ruana, sombrero y botas. A pesar de la diferencia de edad, Héctor lo consideraba un amigo verdadero. El guerrillero no perdía oportunidad para felicitar al niño si cumplía las tareas encomendadas. Cuando el pequeño iba hasta el campamento cargado con uniformes, de munición o simplemente llevando recados, Leonidas Borja elogiaba su valor. Constantemente le recordaba cuál era el lugar reservado para él al lado de los defensores de la revolución. En el corazón de Héctor no cabía más que admiración por ese guerrillero. Varias veces lo vio reunir a todos sus combatientes para repetir una consigna que Borja consideraba inquebrantable:

—No ataquen mujeres, niños ni ancianos.

Mientras viajaban en la volqueta, Héctor recordó las circunstancias en las que el Lobo se hizo combatiente:

«Yo era agricultor. Un día viajaba de Playa Rica a Guadualito, pero un asaltante me cambió la vida. Lo maté cuando me atacó, pero esa muerte me salió cara y a todos mis amigos de la vereda».

Leonidas Borja les explicaba cómo huyó de su parcela, pues la policía, encargada de levantar el cadáver de su oponente, arremetió contra Borja y luego contra sus vecinos. Por esta razón los labriegos salieron de las parcelas vecinas a la casa de Borja; todos estaban cansados de los ataques de la fuerza armada del Gobierno. Entre tanto, la comisión encargada del levantamiento del cadáver de aquel asaltante, quemó las ca-

sas y les robó las pertenencias. A una voz, los campesinos, fugitivos, le pidieron a Borja encabezar la resistencia. Y así lo hizo. Pasados los años, sus seguidores estaban enfermos, sus familias en la miseria y de sus posesiones no había quedado nada. Por eso, a la primera llamada para la amnistía, Leonidas y sus trescientos ocho seguidores respondieron de inmediato: sí.

Al final del recorrido, Sergio, Héctor y Leonidas se despidieron. Esa fue la última vez que los tres hablaron cara a cara. A partir de ese día se comunicaban a través de mensajeros, pero nunca más pudieron encontrarse personalmente.

El recorrido en las volquetas se repitió quince veces entre Ibagué y varios puntos del departamento. Así, todos los hombres interesados en la propuesta del general Rojas Pinilla quedaron a las puertas de la legalidad.

En las guarniciones militares, hasta donde los llevaban los Pardo, les esperaba una mesa servida, un acta de entrega y una fiesta de celebración. Apenas entregaban los fusiles, los desmovilizados firmaban un documento preparado por el Gobierno, después comían y participaban de la fiesta, para finalmente ser movilizados en unos carros hasta unas tierras provistas de herramientas de trabajo agrícola.

Después, los Pardo celebraron en la sastrería el comienzo de la paz. La noche fue larga al lado de los compañeros que estuvieron con ellos en cada misión clandestina y los amigos que compartían el secreto pero que no militaban en el movimiento. Ese día los acompañaba Daniel, el médico; el señor Echeverri, periodista y director del diario Tribuna; el señor Almanza, que después de haber sido víctima de los robos de la guerrilla apoyaba su causa; Mosquera, el dueño del carro; los trabajadores de la sastrería y otros fieles a la causa.

Para Héctor era muy fácil interpretar la situación: con su padre habían jugado su vida a la revolución y, desde su punto de vista, esta estaba ganando.

Capítulo VIII

1954-1955

Los días del año 54 llegaron vestidos de esperanza. Poco a poco los comandos hacían acuerdos con el Gobierno para desmovilizarse y con la ayuda de los Pardo, en Ibagué, ya estaban bajo amnistía Leonidas Borja y sus hombres, entre ellos Chispas, también Mariachi, Turpial, Rayo y Espada. Poco a poco cada comando aceptó las condiciones del Gobierno y las noticias de nuevos desarmes llegaban diariamente desde la sastrería a otros grupos aún en contienda.

Sergio coordinaba la logística de cada proceso de desmovilización y su hijo estaba encargado de llevar los carros hasta cada punto de entrega.

Casi un año antes, el 21 de agosto de 1953, mediante el decreto dos mil ciento ochenta y cuatro, el Gobierno había concedido la amnistía general a todos los miembros de las fuerzas armadas al margen de la ley. La medida había beneficiado a los autores de delitos contra el estado. Así quedaban saldadas otras deudas.

Los decretos del Gobierno no dejaban de producirse, el 14 de septiembre de 1954, la Asamblea Nacional Constituyente, presidida por Mariano Ospina Pérez, en plena dictadura militar, prohibió el comunismo internacional. El partido

comunista perdía su carácter legal y el estado declaraba la persecución contra distintas expresiones de la izquierda y otros movimientos populares.

La noticia no asustó a ninguno de los integrantes del «Comando en Ibagué», pues quienes apoyaban la revuelta se consideraban liberales y nada más. Ninguno militaba en el partido comunista y eso les parecía suficiente razón para que las fuerzas de seguridad del estado respetaran su decisión de claudicar en la lucha armada a favor de la armonía y la paz. Mientras tanto, el Gobierno creó la Oficina de Rehabilitación y Socorro con comités en los departamentos. Su misión era establecer las normas que garantizaran la tenencia de la tierra.

Desde la sastrería el panorama era prometedor. Por eso los Pardo hablaban confiadamente de su vida pasada, se presentaban ante todos como liberales sin temores y enviaban comunicaciones a través de mensajeros a los desmovilizados. Por unos meses la vida pareció retomar el rumbo perdido por las disputas partidistas.

Pero, a mediados de noviembre de 1954, comenzaron a producirse noticias sobre ataques sistemáticos contra Villarrica. La región fue convertida en la mira de acción de los decretos oficiales, en la «zona de operaciones militares». La declaración alcanzaba a una amplia región del Sumapaz: Carmen de Apicalá, Icononzo, Cunday, Pandi y Cabrera. También hablaban, en el Tolima, del asesinato del «Capitán Triunfante», reconocido líder rebelde, a manos de un comando oficial. Aunque los mensajeros traían noticias a medias, Sergio no quería pensar en la más mínima posibilidad de retroceder a su vida anterior. El «Contacto en Ibagué» esperaba una confirmación de los hechos aunque, dentro de sí, sentía la amenaza de una

sombra contra su apacible vida de sastre dedicado exclusivamente a su familia.

La preocupación se hizo constante, pero una mañana la paz acabó por quebrarse en la casa de los Pardo. Sergio despertó antes de la hora habitual. Refugiado en el patio, esquivaba preguntas y miradas, no quería hablar con nadie. Berenice lo seguía desde la cocina, terminando de hacer el desayuno, pero tampoco podía hablar. Héctor, recostado contra la pared, pasaba las manos por la cabeza mientras los aliados de siempre y sus empleados respiraban profundamente y fumaban. Nadie parecía dispuesto a trabajar.

¡El panorama no podía ser peor!

—Es mejor prender la radio —dijo Berenice muy suave.

—“Mijo”, traiga el radio —dijo Sergio a su hijo.

Con dificultad, el «Contacto en Ibagué» se levantó de la silla, golpeando con fuerza el piso con su pierna de palo. La indignación lo hizo perder el equilibrio, pero inmediatamente se incorporó con un ademán brusco.

—El radio, Héctor, ¿dónde está? —preguntó impaciente.

—Ya voy, papá —respondió su hijo de quince años que ahora le cambiaba la voz y que daba señales de madurez. Eso sí, su estatura no mostraba grandes progresos.

Al encender el radio, todos callaron, mientras Héctor encontraba una emisora de Bogotá. En medio de tantos anuncios, escucharon claramente la noticia:

—“Los bombardeos alcanzan toda la zona del Sumapaz, además de sectores de Caldas y Quindío” —dijo el locutor.

—Ya está confirmado, papá, el ejército está bombardeando toda la zona de los que habían recibido la amnistía —dijo Héctor en tono muy suave.

—Sí, “mijo”, y también los están matando por todas partes
—señaló Sergio.

En ese momento, los Pardo solo sabían que Leonidas Borja y sus hombres habían regresado al monte, según decían, para proteger su vida.

Las acciones militares cubrían varios departamentos. Hasta ahora no era posible saber qué suerte habían corrido los excombatientes que habían recibido la amnistía unos meses antes en distintos lugares del departamento. Los Pardo sabían con certeza la magnitud de los éxodos producidos por los bombardeos. Los mensajeros explicaban que, movidos por los fuertes ataques, los campesinos ubicados en la zona del Sumapaz iniciaron una marcha hacia la región del río Duda, en el Meta, atravesando con todas las familias la cordillera oriental. Los desterrados iban sin comida y tenían como único equipaje la ropa que llevaban puesta. Pero el pueblo de Villarrica estaba viviendo la peor parte. Había sido bombardeado, ametrallado y sus dirigentes asesinados. A las zonas convertidas en escenario de guerra se sumaban regiones enteras saqueadas para abastecer la operación militar.

—Lo que pasó, señor Pardo, es que nos engañaron a todos
—dijo William, amigo de Héctor—. Nos engañaron a todos
—repetía.

William Aranguren y Héctor estaban cada día más unidos por el trabajo, por las ideas subversivas y ahora por el resentimiento. Juntos habían llevado munición, uniformes, y alimentaban la idea de atar un día a las dos familias, cuando la hermana de William le diera el sí al joven Pardo. Pero ahora, cuando William hablaba, sus palabras mostraban gran firmeza. Hacía días fruncía el ceño y esa mañana vociferaba sin darse cuenta. Héctor lo miró, recordó los días cuando su

amigo cumplía el servicio militar. Fornido, de ojos claros, llamaba la atención de las mujeres, sobre todo cuando vestía el uniforme de soldado. Hacía un año, el mismo William Aranguren, había celebrado la entrega de armas, pero esa mañana su forma de hablar cambió y la rabia acumulada se había vuelto visible. El tono grave de su voz mostraba como, el amigo de Héctor, estaba listo para dejar salir todo el odio reservado.

Un mes antes habían llegado las primeras noticias de comandos armados asesinando en sus fincas a los que habían recibido la amnistía. Ahora los bombardeos y las muertes de los desmovilizados en sus casas, eran, para ellos, gotas que hacían rebosar la copa.

—Tenemos que rearmarnos nuevamente, señor Pardo —sentenció William Aranguren después de un largo silencio.

—Quisiera decirle que no, pero si están matando a la gente en sus casas, imagínese lo que pueden hacer con nosotros —le respondió.

—Necesito un fusil, después me encargo de reorganizar gente para dar la pelea. Pero que alguien me consiga el fusil —dijo Sergio.

—Sé dónde conseguirlo, papá —le respondió.

—No, usted no, “mijo” —le dijo.

—En el barrio La Pola, aquí mismo en Ibagué, hay un fusil guardado. Puedo ir con William a recogerlo —insistió el menor.

—Si damos el primer paso, entonces no nos podemos echar para atrás, “mijo”. Entienda, hay que esperar, si ya nos equivocamos una vez descubriéndonos, no podemos equivocarnos dos veces mandando mas gente al monte —replicaba su padre.

—Ellos ya dieron el primer paso, papá, ahora nos estamos defendiendo —le contestó convencido de la legitimidad en las pretensiones de su amigo.

Sergio suspiró y salió de la sala sin hablar. El gesto en su cara mostraba su preocupación por la suerte de su hijo. Las ilusiones sembradas con la desmovilización estaban quedando desechas. Ahora sentía que la suerte de Héctor estaba echada y a su edad sería muy difícil detenerlo.

Sin esperar respuesta, William Aranguren y su compañero salieron de la casa rumbo al barrio La Pola. Pasaron por varias casas saludando gente, hasta encontrar un contacto seguro. Los dos se apartaron y, luego de varias horas, volvieron a la calle cargando un costal de fique. William los miraba fijamente sin decir ni una sola palabra. El camino de regreso fue una larga caminata, los jóvenes pensaban evadir los controles llevando a cuestas el fusil para no despertar sospechas. Pero las calles llenas de soldados los obligaban a lanzarse al suelo para esconderse entre la hierba cada vez que un grupo de militares se asomaba por las esquinas. Cada zanja era una trinchera. Después de tres horas y cerca de las nueve de la noche, la oscuridad sin proponérselo comenzó a ayudarles. William insistió en acompañar a Héctor hasta su casa antes de partir solo con su fusil a cuestas. Los dos sabían el precio de la decisión tomada, por eso, a manera de despedida, Héctor le dijo emocionado, mientras le entregaba el costal de fique:

—Aquí está el fusil que pidió, defiéndalo.

La mirada de William había cambiado ese día de forma irreversible. Desde la fecha en que su padre fue asesinado, buscaba pretextos para cobrar venganza por su propia mano; los días en el ejército le enseñaron a manipular las armas y ahora, en medio del desengaño de la amnistía, todas las antipatías

se reunían para dar vida, dentro de sí, a otro ser. En sus ojos ya no había alegría, ni los ánimos seductores de otras fechas; ahora no había forma de ocultar el sentimiento esquivo que le invadía. Esa fue la despedida, pues nunca más los dos amigos volvieron a encontrarse. Pocos meses después ya nadie hablaba de William Aranguren, para todos, el joven alto de ojos claros, se había convertido simplemente en «El Capitán Desquite». Mataba sin piedad, atacaba sin compasión y fue tal la brutalidad de sus acciones que el poeta Arango escribió: «¿No habrá manera de que Colombia en lugar de matar a sus hijos los haga dignos de vivir? Si el país no puede responder a esta pregunta, entonces profetizo una tragedia: “Desquite” resucitará, y la tierra volverá a ser regada de sangre, dolor y lágrimas».

Capítulo IX

20 de enero de 1956

Las matanzas multiplicaban víctimas por todas partes y el gobierno de Rojas Pinilla respondía con una gigantesca ofensiva militar en contra de aquellos que habían recibido la amnistía, ahora protagonistas del nuevo levantamiento. El resurgimiento de la violencia tiñó los campos de rojo y dividió hasta las mismas familias. 1956 hizo vagar la desconfianza por las calles de Ibagué.

Cuando la masacre se generalizó, liberales y conservadores no dudaron en culpar a Rojas Pinilla de los excesos. Los días eran difíciles para el general, cuya foto ya no estaba en la sala de los Pardo ni en la billetera de los que habían recibido la amnistía. Estos últimos se habían multiplicado en diferentes lugares como nuevos comandos armados, cada vez más resentidos y desconfiados.

La inquietud apareció nuevamente bajo las sombras de la noche en casas como la de los Pardo. Ahora, al final del día, la zozobra tomaba las viviendas mientras las familias temían que cada paso alrededor de su barrio se volviera en su contra. El 20 de enero, a las seis de la tarde, cuando el temor comenzaba a llenar los rincones de la sastrería, el hombre de barba, el hermano de la infancia y bienhechor para Héctor el día de su cautiverio, apareció de nuevo en la puerta, después

de varios meses de ausencia. Durante el tiempo que la amnistía duró, las visitas del hijo «prófugo» de los Pardo eran frecuentes, pero una vez que el Gobierno puso precio a las cabezas de los que habían recibido la amnistía, él desapareció sin dejar rastro. Pero esa mañana volvió a la casa. A las seis de la tarde tocó la puerta y después de abrazar a Berenice, muy rápido, atravesó el taller y buscó a Sergio para hacerle una trascendental revelación.

—A las tres de la mañana, el Servicio de Inteligencia vendrá por ustedes. Tienen que irse ya mismo de Ibagué. No hay tiempo váyanse ya —los instó.

—¿Está seguro, “mijo”? —le dijo Sergio.

—Sí, señor Pardo, tienen que avisarles a otros conocidos suyos para que escapen —le respondió.

—¿A quiénes? —preguntó Sergio, sobrecogido.

—Al señor Echeverri Cárdenas, el del periódico Tribuna y los dos amigos suyos de las reuniones por las tardes.

—¿Nos van a allanar la casa? —preguntó su «hermano».

—Creo que los quieren matar a todos. Igualito que ha pasado con otros allanamientos y tiroteos en otras partes —sentenció su amigo del Servicio de Inteligencia.

—Héctor, vaya rápido y busque al señor Echeverri y a los de las reuniones de la tarde. Mientras tanto Berenice y yo vamos empacando las cosas —pidió Sergio, consciente del peligro tras las puertas de su casa.

En una oportunidad anterior el mismo amigo le había salvado la vida a Héctor, el día del allanamiento en la sastrería cuando buscaban al culpable del atentado contra el gerente de la Caja Agraria.

En unos minutos, Sergio y Berenice prepararon varias cosas y llamaron al conductor de un camión capaz de sacarlos de

la ciudad antes de terminar el día. Entonces, el hijo que los acompañó en Acevedo y a quien quisieron tener en su casa por más tiempo, despidió a los Pardo. Así pagaba la generosidad gratuita de tantos años atrás; así respondía al cariño de esa familia ahora expuesta a la ira y al enfado total.

En medio de la confusión, Héctor volvió. Lo acompañaban los tres amigos que le habían mencionado. Al verlos, Sergio explicó la magnitud del peligro, pero no parecían preocupados. Hablaba y al tiempo desarmaba las máquinas de la sastrería. Berenice, para apurar el paso, negociaba, en la puerta de la casa, con el dueño del camión dispuesto a sacarlos de Ibagué esa misma noche.

A la una de la mañana, con sus amigos como testigos, los Pardo dijeron adiós en medio de las voces que les pedían quedarse. Los tres amigos, advertidos del peligro, confiaban en la complicidad de la gran ciudad, donde nadie trataría de tomar venganza en su contra, pero los Pardo no cedían en su empeño de huir y, sin esperar más, escaparon nuevamente. En el pequeño camión contratado únicamente cupieron dos camas, tres máquinas de la sastrería, las otras doce quedaron abandonadas, y alguna olla. Pero el tiempo no alcanzaba para más y en el camión tampoco había mas espacio.

El furgón salió tratando de poner toda la tierra posible entre los Pardo y sus enemigos. Cuando el carro donde viajaba la familia apenas dejaba la ciudad, unos golpes retumbaron en la sastrería abandonada. Agentes armados gritaban detrás de la puerta de los Pardo. Esta vez estaban impacientes. Con ayuda de varios voluntarios, rompieron la puerta y encontraron vacía la casa de la que tantas veces sospecharon. Los Pardo no estaban, no había armas, munición, uniformes, ni siquiera papeles o rastros de la guerra. El «guerrillero» cojo, su esposa

y el hijo de quince años ya no estaban. La forma como abandonaron su negocio dejaba en evidencia que alguien los había alertado. Sin detenerse, el grupo enfiló sus baterías contra las otras casas señaladas. La de los Pardo estaba vacía, y las de dos de sus amigos quedaron cubiertas de sangre.

Mientras el camión avanzaba, Héctor recordaba a su familia escapando de Acevedo, en un carro prestado, el día que abandonaron el pueblo donde nació. Volvían a su mente las imágenes de la tarde cuando salieron de Campoalegre. La historia le parecía repetida, aunque esta vez sentía la amenaza más cerca. Quienes una vez derribaron la puerta de la sastrería para buscar a su padre, quienes lo acorralaron en la plaza de Acevedo, ahora todos eran uno solo y bajo el manto de la ley estaban listos para caer con fuerza, no solo contra la humanidad de Sergio sino contra el resto de la familia.

El viejo camión los hacía saltar en cada trecho del camino y los hacía escapar de los recuerdos. A las seis de la mañana, en medio de la carretera, comenzó a aparecer el sol. Los primeros rayos dejaron ver un aviso en medio del camino. Era una tienda para viajeros. Hasta esa hora, Sergio no había permitido ni una parada, pero al llegar a la tienda preguntó desde la ventana, con el carro aún encendido:

—Perdone, señor, ¿qué pueblo es este?

—Fusagasuga —respondió el tendero y, sin detenerse, explicó—. A esta parte le llaman Chinauta, el mejor parador del camino; bájense, les tengo de todo. Hay leche fresca, también comida.

Héctor escuchaba sus gritos con dificultad, pues el ruido del motor no dejaba oír claramente otras voces.

—Apague el carro, ya podemos parar —dijo Sergio por fin.

Se bajaron para estirar las piernas en tanto el tendero preparaba los vasos para los cuatro clientes.

—A mí, déme leche —pidió el menor.

Cuando por fin puso el primer sorbo en la boca, una lágrima rodó por sus mejillas; con esta caía el peso de tantas noches de angustia. Lentamente, el joven dio unos pasos hacia la puerta del negocio y se permitió, entonces, el lujo de llorar con rabia, a espaldas de sus padres y muy cerca de otro día de destierro.

En el silencio de esa madrugada, preguntaba nuevamente:

—¿Qué será de nuestra vida?

Los minutos pasaban y acumulaba odio contra todos. Lo guardaba contra quienes los habían arrinconado por el hecho de ser liberales, contra quienes les habían cerrado las puertas, contra quienes les habían quitado el derecho de llevar una vida normal. Nuevamente preguntaba:

—¿Dónde está la justicia?

Y convencía a su mente que la justicia no estaba de su lado, por eso encontraba razonable hacer justicia con su propia mano. Justicia significaba, para él, en ese momento, recuperar lo perdido, cobrar los dolores, vengar los sufrimientos y las lágrimas.

Las horas siguieron pasando hasta que llegaron a Bogotá. Casi al medio día, los Pardo buscaban al sur una casa donde dejar el trasteo para empezar, otra vez. Por señas, llegaron al barrio Centenario. En la calle veintiocho con carrera veintiocho sur, les alquilaron una habitación. En el espacio únicamente había armada una de las camas y todas las otras cosas arrumadas contra las paredes. Las máquinas eran su más grande bendición, pero antes de buscar dónde ponerlas, Sergio propuso tomar un descanso para amontonar fuerzas

antes de reempezar otra historia de trabajo y lucha. Berenice y Sergio dormían mientras Héctor preguntaba al silencio:

—¿Cuántos años pasarán antes que la familia empaque, en medio de la noche, para huir nuevamente?

De no haber sido por la situación de sus padres, Héctor habría tomado otra decisión y esta vez habría enfrentado a sus oponentes. Pero las condiciones de sus padres no le permitían pensar en esa posibilidad aún y lo obligaban a acompañarlos hasta dejarlos establecidos definitivamente.

Los días los alejaron de Ibagué. Las tardes en Bogotá eran más tranquilas para los Pardo. Ahora preguntaban qué habría pasado con sus amigos. Por eso, por teléfono, empezaron a buscar los contactos perdidos. Las primeras llamadas las hicieron a los antiguos empleados de la sastrería Gentleman y a los colaboradores incondicionales de la causa.

—Mire, «Pata e Palo», esto se puso «color de hormiga» — explicaba uno de ellos—. Usted no se imagina cómo dejaron su casa esa noche. Acabaron con las cositas que se les quedaron, pero lo peor es lo que hicieron con la otra gente. Aquí estamos muy asustados, lo mejor es que, por ahora, nos dediquemos a trabajar, sin reunirnos con nadie, sin mandar cartas ni nada. En todo caso, voy a darles su dirección a todos los muchachos, y así nos vamos encontrando por el camino.

—Cuando tenga abierta la sastrería le cuento. Dígale a todos: el «Contacto en Ibagué» es ahora el «Contacto en Bogotá», y seguimos en pie de lucha.

Para Héctor, Bogotá era un monstruo, una ciudad grande y fría llena de gente huraña. Era un sitio donde siempre tenía la sensación de estar fuera de lugar; era una zona de destierro. Dos meses después, los amigos empezaron a llegar al nuevo taller del barrio Centenario en Bogotá, mientras los compa-

ñeros de la causa hacían apariciones esporádicas para pedir ayuda.

—Jesús María Oviedo, no pensé que lo volviera a ver —dijo Sergio esa tarde cuando un sujeto entró a la sastrería cubriéndose la cara con un sombrero, miró para todos lados y cuando constató que allí trabajaban los Pardo y nadie más, entonces sonrió.

Como en los viejos tiempos, Mariachi y los Pardo se abrazaron y, durante horas enteras, tomaron agua de panela para ponerse al día en las posibilidades de ayudar desde la capital de la República a los comandos armados. Con él aparecieron Ubaldina López, la Pantera Negra y otros líderes rebeldes del centro del país.

Capítulo X

Mediados de 1956 a 1957

A mediados del año 56, los amigos del barrio estaban acostumbrados a los Pardo y su forma de vida. Sin embargo, Héctor seguía incómodo con el nuevo vecindario, en particular le molestaba una iglesia cercana. Diariamente decenas de personas desfilaban frente a su casa y caminaban cien metros para llegar hasta el templo instalado por una congregación cristiana en el sector. Según decían, era una iglesia protestante.

Cada vez que veía a los fieles pasar en dirección a la iglesia, Héctor se molestaba; pero Berenice tenía un sentimiento bien diferente. Había guardado siempre una Biblia entre sus cosas y ahora los días, menos azarosos, le daban la oportunidad de comenzar a leerla nuevamente. La distancia entre su familia y la iglesia católica la puso frente al templo de su barrio. Héctor la miraba y callaba.

Una mañana, cuando Héctor llegó a la casa, una voz lo inquietó. Su madre cantaba, bajito y suave, pero cantaba. La misma mujer, antes acongojada, había encontrado motivos para hacerlo. No hablaba de sus reuniones en la iglesia, pero cada vez cantaba con más entusiasmo.

Unos meses antes, un extraño mal la había tenido prácticamente postrada. Sus brazos y las piernas estaban llenos de

manchas rojas y, en algunas partes, las llagas le supuraban. El médico no parecía estar seguro de poder ayudarla, pero Berenice dijo que iría a la iglesia para que alguien orara por su mal.

Al día siguiente, muy temprano, la voz de ella, cantando, despertó a Héctor nuevamente. Mientras preparaba las tareas del día, antes de iniciar la jornada, el joven sastre se acercó a su mamá para saludarla y vio su piel radiante, las llagas habían desaparecido. Estaba feliz, pero no era consciente de lo que le pasaba. Cuando Héctor la vio detenidamente, le preguntó sorprendido:

—Mamá ¿qué te pasó?

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque las llagas desaparecieron —le dijo.

Berenice miró sus brazos con cuidado y contestó emocionada:

—¡El Señor me ha sanado!

La algarabía llamó la atención de Sergio, quien impresionado revisaba los brazos y las piernas de su mujer.

Por aquellos días, los compromisos de Héctor con el movimiento clandestino eran cada vez más firmes. El joven, encargado de coordinar el trabajo en la sastrería, convocaba las reuniones de la guerrilla y conseguía mapas donde planeaban acciones del movimiento sedicioso. A fin de sostenerse, los Pardo sacaban escasamente lo necesario del negocio, la cuota del arriendo, el dinero para la comida, pero el resto lo entregaban al movimiento revolucionario. Del producto de la sastrería, el diez por ciento iba a parar a las arcas de los Pardo, el recaudo restante era para fortalecer la organización y consolidar el trabajo de los rebeldes.

Para entonces, la principal ayuda proporcionada a los comandos insurgentes era económica, aunque los Pardo servían constantemente de anfitriones a las reuniones secretas y de enlace entre combatientes y auxiliares de la causa. Las discusiones más importantes, en la sastrería, giraban en torno a las acciones destinadas a proveer de armas al movimiento insurrecto. Antes de cada diálogo, los informantes explicaban en qué situación estaban los grupos. Después, los invitados discutían los pasos a seguir. Las reuniones eran presididas por Sergio. Luego, los «postes» (así llamaban a los informantes) partían con mapas, dinero e instrucciones en busca de sus compañeros de lucha. De esos encuentros salieron varias ayudas para rearmar los hombres de Leonidas Borja, los guerrilleros de los llanos y del centro del país. Después de las discusiones, la fecha de los asaltos quedaba por cuenta de cada fracción.

En 1957, durante una de las reuniones, una noticia los dejó atónitos: mataron a Guadalupe Salcedo. Para los Pardo, ya no había ninguna esperanza y la reconciliación sería imposible después de aquella fecha.

Pero la peor noticia para Héctor llegó, hasta la sastrería, el día que mataron a Leonidas Borja.

«Mi gran amigo», pensaba.

La única versión proveniente de Ibagué decía que Leonidas había salido para el aeropuerto Perales, de Ibagué, donde tenía una cita con Daniel, el médico amigo colaborador de la causa, quien asistía a los heridos de la guerrilla y proporcionaba medicamentos a los contactos armados. Según esa versión, el médico había decidido confesarse y contar, a su sacerdote de cabecera, su participación dentro de los comandos rebeldes. El prelado habría informado al Ejército.

Por eso, una comitiva militar sorprendió al «doctor» y le pidió ayuda para tenderle una trampa al jefe subversivo. El médico habría aceptado. Entonces citó en el aeropuerto Perales al «Lobo». Hasta el lugar llegó el líder rebelde acompañado por dos escoltas. En un instante todo fue confusión y ninguno pudo reaccionar, únicamente uno de ellos escapó con vida esquivando los disparos de un militar vestido de civil. A Borja le dispararon por la espalda.

Los reportes también explicaban como Chispas, uno de los discípulos más jóvenes y fieles a Borja, reaccionó al conocer lo ocurrido.

Sabiendo que su amigo estaba muerto y sin otra versión de por medio, Chispas, sin pensarlo dos veces, envió un informante hasta la clínica para citar al médico al estadio. A las seis de la tarde y allí, en medio de muchos testigos, vengó la muerte de su tutor. Después, Chispas integró el comando de Jesús María Oviedo o Mariachi. Días más tarde, los mismos periódicos daban cuenta del asesinato del director del diario Tribuna, el mismo doctor Echeverri Cárdenas, a quien los Pardo habían advertido de los planes en su contra el día que escaparon de Ibagué.

Berenice encontró en esas muertes otra oportunidad para hablar de su fe con Héctor, pero el joven no escuchaba. Sus tardes las dedicaba a hablar con el movimiento clandestino de estrategias, sitios propicios para guardar armas, correos humanos para enviar munición y formas de abastecimiento de los muchachos del monte. Después del derrocamiento del general Gustavo Rojas Pinilla, los encuentros aumentaron. Aunque la paz era un tema recurrente para el Gobierno, los comandos clandestinos solo hablaban de guerra. A estas al-

turas estos combatientes no estaban interesados en acuerdos con algún representante del estado.

El País cambiaba a pasos acelerados, el general fue reemplazado por una junta militar presionada por los partidos tradicionales y, mientras estos pactaban los acuerdos que daban vida al Frente Nacional, los Pardo seguían ocupados en su guerra. Para el Gobierno, ahora había tres grandes preocupaciones: Tolima, Sumapaz y el Ariari. El propósito era que, en condiciones pacíficas, los comandos desarmaran, a sus hombres para dedicarse a labores agrarias y de colonización. Pero la violencia seguía cobrando víctimas. Ese mismo año, en el 57, el entonces ministro de gobierno aprobaba la constitución de grupos de civiles armados como instrumento de exterminio de lo que llamaban «las autodefensas anticomunistas».

Para los comandos ciudadanos, donde estaban Héctor y su familia, las propuestas no significaban una posibilidad cercana de paz y más bien marcaban el camino para una confrontación más abierta. Sin ninguna intención de acogerse a las propuestas del Gobierno, los comandos del Tolima y Bogotá, donde vivían los Pardo, estaban más interesados en la toma del poder.

Las propuestas del Gobierno seguían llenando páginas en los periódicos. En 1958, durante la administración de Alberto Lleras Camargo, el Gobierno dictó un decreto que abría otras puertas para solucionar la lucha armada. Eran semi-amnistías y semi-indultos, destinados a captar adeptos en los departamentos de Caldas, Cauca, Huila, Tolima y Valle del Cauca. Pero ninguna oferta hacía eco en la mesa de los Pardo.

Después de las dieciséis mil víctimas aportadas por el proceso de paz de Rojas Pinilla, los Pardo ya no estaban entusiasmados con una nueva propuesta. Según ellos, «los que se

acogieron fueron masacrados luego de descubrir su militancia revolucionaria ante el Estado».

En medio de las grandes transformaciones, un día, Sergio aceptó, después de muchas súplicas, asistir a una reunión promovida en la iglesia de su esposa. El pastor, Ignacio Guevara, junto con otros líderes evangélicos, preparaba una gran campaña en Bogotá. Para esto habían invitado a Eugenio Jiménez, un pastor reconocido en el ambiente cristiano. Sergio partió en compañía de su cónyuge a la reunión, cuando volvió, Héctor notó un cambio radical en la actitud de su padre. A partir de ese momento, Sergio ya no hablaba de la guerra, hablaba de perdón. Cuando los guerrilleros averiguaban su casa en busca de ayuda, les decía:

—Hay que perdonar, esta es una lucha infructuosa.

Héctor, asustado, era testigo de los cambios de su padre. Ahora el guerrillero cojo hablaba distinto y aunque mantenía contactos con otros guerrilleros, las discusiones siempre giraban alrededor de la Biblia y no de la lucha. En las cantinas, donde discutían y planeaban, les explicaba su fe. Mariachi y Espada, fueron los primeros en escucharlo, después le preguntaron sin rodeos:

—¿Dónde te lavaron el cerebro?

Pero el entusiasmo del hombre que le enseñó a Héctor a darlo todo por la lucha revolucionaria, no decaía. Ahora parecía reconciliado con la vida, ya no había resentimiento en sus palabras, tampoco estaba satisfecho con el precio que la guerra cobraba. Héctor lo escuchaba con recelo mientras pensaba cuánto tiempo y vida tenía por delante antes de tomar el mismo camino de sus padres. Ahora, su único sueño era partir hacia la clandestinidad, con la guerrilla, pero el peso de sus padres envejecidos le impedía tomar esa decisión tan rápido como quería.

Capítulo XI

1959-1960

El 25 de junio de 1960, Héctor volvió a la iglesia. No era la de sus padres, era una parroquia del barrio. Allí, un sacerdote fue testigo de su matrimonio. La elegida era Mercedes Casanova, católica, radical, fuerte de carácter y tan joven como él. Aunque Berenice había intentado infructuosamente conseguir una novia evangélica para su hijo, todos los esfuerzos fueron en vano. A Héctor, ninguna de las candidatas le gustaba. Para descalificarlas era suficiente saber que pertenecían a la iglesia de su mamá. Su proceso de selección personal lo puso frente al altar con la joven vecina a quien conoció en una fiesta de Navidad. Unos amigos mutuos, dueños de la lavandería del barrio, los presentaron. Era una muchacha seria y bastante recatada, aunque su temperamento era jovial. Según decían los vecinos, su padre era masón y su hermano José había estudiado para ser sacerdote. Desde el día que Héctor la vio, quedó impresionado. Unos días más tarde le propuso que fuera su novia y después decidió pedir la mano para hacerla su esposa. Para su sorpresa, la familia de ella aceptó con gusto.

Mercedes y Héctor compartieron los días de su noviazgo con los partidos de fútbol, pues por aquella época el sastre había sido admitido en el equipo Los Tigres del Sur, sus tardes de

entrenamiento en el Deportes Tolima le sirvieron para conseguir un lugar en el equipo Bogotano. Sus otras ocupaciones seguían siendo clandestinas, ni siquiera la novia estaba enterada de los compromisos vigentes entre Héctor y la ola violenta que azotaba al país.

El 25 de junio de 1960, el día del matrimonio, la pareja y los amigos se encontraron en la iglesia del Barrio Santander, al sur de Bogotá. El padre Tito, después de oírlos en confesión, les tomó el juramento.

Sergio no parecía conforme con la idea, si Héctor estudiaba alguna profesión antes de comprometerse tan seriamente, se sentiría más tranquilo. Sin embargo, nada podía hacer ante su disposición, por eso llegó risueño a la ceremonia. Berenice callaba. Arrodillada a la izquierda de Héctor, lloraba mientras sus labios parecían ocupados en una oración. Cuando terminó la ceremonia, le dijo emocionada:

—Le doy gracias a Dios porque sé que ustedes servirán a Cristo.

Héctor, consciente de la magnitud de sus palabras, le contestó:

—Usted sabe, mamá, a mí no me gusta el escándalo de su iglesia, y menos esa manera de hablar. Hablan de justicia con tanta facilidad, cuando la injusticia nos ha costado tan cara a nosotros —respondía.

Al oírlo, Berenice dejó escapar una sonrisa, abrazó a su hijo, y afirmó:

—Si te has casado con esta mujer es porque con ella le vas a servir a Dios. El Señor dice: “cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tú y tu casa”, y yo le pedí al Señor que te diera la esposa con la que ibas a servir; sé que esa es la mujer con la que te casaste.

Sin entender todos los alcances de esta frase, y convencido de lo lejos que estas sentencias estaban de sus pensamientos, Héctor le respondió impresionado:

—Grande es tu fe, mamá.

A veces, Berenice asustaba a Héctor. Cuando hablaba con tanta convicción, las cosas ocurrían de acuerdo a sus pronósticos; eso lo inquietaba, aunque él seguía firme con la causa, con la revolución y con la doble vida.

Las discusiones con Berenice, por asuntos de fe, aumentaron y enfrentaban a madre e hijo constantemente.

Héctor trataba de corregirla en sus convicciones, pero siempre tenía una respuesta en los labios para dejar sin argumentos a su hijo. Una tarde le hizo una singular revelación.

—Sabes, hijo, ayer en la iglesia un joven, de veinte años, sordomudo de nacimiento, pudo repetir los sonidos de otras personas: ese es un milagro hermoso, ¿no te parece?

—¿Cómo te dejas engañar así? —respondió enojado—. A esa gente le pagan para hacer y decir cosas y así pueden convencer a los más incautos, ¿no te das cuenta, mamá?

—Digas lo que digas, Dios existe —dijo su madre.

—Si existe, dime dónde está Dios cuando matan a la gente, dónde estaba cuando iban a matar a mi papá, dónde estaba cuando le cortaron la pierna. No lo veo por ninguna parte. Dónde estaba cuando mataron a tanta gente inocente, a los niños; explícame, mamá, dónde está Dios en esos momentos. Tal vez está ocupado con el sordomudo, porque en los sitios donde más lo necesitamos nunca lo vimos. Explícame, mamá, qué hacía Dios cuando abrían el vientre de las mujeres embarazadas y les sacaban a sus hijos, qué hacía mientras a los hombres les cortaban la cabeza. No sé que hacía Dios cuando pasaban tantas atrocidades.

Berenice quedó perpleja y dejó hablar a su hijo. Él, sin contenerse, manoteaba con fuerza y le reclamaba, luego la miró a los ojos esperando una respuesta. Pero ella no dijo nada. Salió de la sala en dirección a su cuarto y cerró la puerta. Héctor pensaba:

—Alguien tiene que decirle la verdad. Es muy ingenua.

Pasada una hora, ella abrió la puerta del cuarto y con los ojos húmedos por el llanto, caminó directamente en busca de Héctor.

—Sabes —le dijo—, me quedé pensando, tal vez me están engañando y no he podido darme cuenta. Tal vez le pagan a la gente para engañarnos. Pero te propongo algo, habrá una reunión gigantesca en estos días, porque no vienes y me ayudas a descubrir el engaño.

—¿Tú me escucharías si descubro toda la mentira y te digo dónde está? —le dijo él.

—Claro que sí —respondió inmediatamente su madre.

—Entonces voy a esa reunión, pero tienes que dejarme solo y así me ubico en un lugar donde pueda verlo todo.

Berenice también convenció a Mercedes, le propuso acompañar a su marido durante la velada. Por esos días la joven pareja ya enfrentaba sus primeras peleas y no lograba ponerse de acuerdo en las cosas más sencillas.

El 25 de julio, después de discutir, la joven pareja partió para la reunión.

—No quiero ir —repetía Mercedes una y otra vez.

—Sé cómo son esas reuniones —le decía su esposo—. Llegamos temprano y cuando cierran los ojos para orar nos escapamos. Nadie se va a dar cuenta. Tan pronto salgamos nos vamos al teatro y vemos una película.

La cita con Berenice era en la avenida Caracas número quin-

ce veinte, al sur de Bogotá. Un hombre, Ramón Acosta, esperaba en la puerta. Los Pardo Casanova entraron y buscaron un lugar donde Berenice pudiera verlos.

— Este lugar está raro — dijo Héctor mientras miraba los asistentes.

La gente parecía tan entusiasmada y radiante que lo incomodaba. Muchas veces había ido a las reuniones de la iglesia pero ninguna había podido despertar su interés.

A las siete de la noche, el sitio estaba lleno y Héctor perdió la ruta de escape por donde tenía planeado huir con su esposa. La salida quedó bloqueada por decenas de fieles. En ese momento un coro entonó la canción:

«Grande gozo hay en mi alma hoy, porque Cristo me salvo, las cadenas rotas ya están, Jesús me liberó».

La letra de la canción conmovía las entrañas de Héctor que, sin pensarlo dos veces, cayó de rodillas al piso pidiendo perdón impulsado por una fuerza desconocida. De pronto, recordó las frases de reclamo contra Dios en sus discusiones con su madre. Dejó de culpar a Dios por su pasado y decidió darle una oportunidad a Jesucristo. Como si una gran verdad fuera revelada ante sus ojos, en ese instante, consideró que los dolores de los hombres eran cada vez más grandes si volvían la espalda al Creador. De inmediato, supo que la injusticia tenía otro culpable, alguien muy distinto al Autor de la vida. Comprendió de pronto: sus amigos y enemigos de batalla estaban todos en la misma trinchera. Quienes escogían sus propias armas para luchar eran soldados del mismo ejército de muerte. En ese momento, su corazón rendido ante Dios, decidió cambiar de bando y abandonar de una vez por todas las filas enemigas para alistarse en su propia causa. Desde la otra trinchera, pensó con tristeza en los amigos de lucha y los

enemigos de batalla. Los vio a todos inermes, desprotegidos, avasallados ante la fuerza de la guerra mientras su vida renacía nuevamente con la ilusión de una nueva Palabra. A su lado, Mercedes, hacía lo mismo. Los dos asintieron de pie cuando el pastor pidió a los asistentes tomar una decisión por Cristo. Los esposos aceptaron al unísono la oferta de la cruz y estuvieron listos para cambiar sus vidas.

Convencido del valor de su hallazgo esa noche, preparó su vida para salir a hablarle a otros de su gran experiencia de reconciliación. Al día siguiente, descubrió que una tragedia había ocurrido en el teatro donde tenía planeado huir con Mercedes. Uno de los asistentes dio la alarma de incendio, el grito produjo una estampida, la confusión aplastó a varios de los espectadores. Pero a esa hora ellos, contra su voluntad, habían quedado encerrados en una reunión que les cambió la vida para siempre.

Sergio, Héctor, Berenice y Mercedes ahora hacían parte de otro tipo de movimiento tan poderoso y capaz de consumirles los días. Su pasión ya no era clandestina, aunque su compromiso era tan fuerte como el que antes los había llevado a las puertas de la revolución, ahora la figura de Jesús de Nazaret estaba puesta en medio de ellos y ese nombre había quedado escrito en sus corazones.

A partir de ese momento, Héctor no ocultaba sus nuevas convicciones. Ante su declaración de fe, muchos de sus amigos de lucha lo abandonaron y las reuniones cambiaron de forma radical.

Los Pardo buscaban los medios para hablar a sus antiguos compañeros de lucha de su nuevo compromiso revolucionario. Pero Mercedes seguía sin saber el tipo de vida que había llevado su marido.

Seis meses después de la reunión, Héctor dirigía un grupo de jóvenes y era pastor asistente en la iglesia. A mediados de 1962, comenzó a hablar de la situación del país en las reuniones de la iglesia y, un día, cuando predicaba, su esposa quedó atónita al oírlo decir:

—Fui guerrillero, milité en un comando armado, junto con mi padre abastecíamos de armas a la guerrilla..

Mientras el hablaba, Mercedes lo miraba sorprendida desde la silla. No podía dar crédito a las reveladoras palabras sobre el pasado secreto de su marido. Durante dos años de matrimonio y otro tanto tiempo de noviazgo, Héctor nunca había pronunciado una sola palabra sobre la violencia que vivía el país y ahora lo hacía para confesar su militancia como parte de toda esa guerra cruel y despiadada. La mujer no sabía qué decir. Con prudencia, esperó el final de la reunión para hablar a solas con su marido, entonces supo más. Él le dijo todo: su compromiso del pasado, su vida en la guerrilla, su militancia en la violencia y cómo todo había cambiado gracias a su nuevo compromiso con Dios. Solos los Pardo, oraron pidiéndole al Señor, a quien ahora servían, que los hiciera parte de la transformación y de la búsqueda de la paz.

Capítulo XII

1970-...

En los once años que siguieron a la fecha de su conversión, Héctor trabajó en la sastrería para sostener a su familia, pero dedicaba buena parte del tiempo a cultivar su fe. A las tres de la mañana empezaba la jornada, pero a partir de las doce del medio día su tiempo lo destinaba exclusivamente al trabajo espiritual. Fueron once las iglesias instaladas en distintos lugares del país con la ayuda de él, que hablaba con libertad a unos y a otros del nuevo concepto de justicia. Los deseos de cambiar la situación de los campesinos y los obreros eran los mismos; lo que había cambiado era el método para conseguirlo.

—La violencia engendra más violencia —decía Héctor.

En 1969, dio vida, junto con su esposa Mercedes de Pardo, a la iglesia Cristiana Carismática «Tabernáculo de la Fe». Desde entonces dedicó exclusivamente la vida al trabajo pastoral.

En 1970, ya era conocido en todas partes como el pastor y Mercedes, su esposa, se había convertido en Mechitas. Con sus discípulos más cercanos, hizo un compromiso: llevar su fe hasta las sedes políticas desde donde los candidatos peleaban por la presidencia de la República. Luis Alfredo Vázquez, uno de sus discípulos, y Marco Fidel Suárez compartían el

compromiso. Bajo el nombre de MONACEV (Movimiento Nacional Cristiano Evangélico), promovían encuentros con la clase política. Un día Alfredo Vásquez, su amigo, lo llamó.

—Mañana, a las tres y media de la tarde, tenemos cita con el general Rojas Pinilla en su casa —le dijo.

El pastor Pardo calló durante varios minutos mientras a su mente volvían las imágenes del pasado. En un instante recordó sus días en la guerrilla, la entrega de armas, la muerte de los que les habían dado la «amnistía», la guerra misma. Después, contestó lentamente:

—Sabes, no puedo ir, tengo una reunión a esa hora.

—Nosotros hicimos un compromiso, pastor —le contestó Vásquez—, prometimos acudir a las citas en cualquier fecha, nos comprometimos a suspender todas las ocupaciones con tal de reunirnos con los candidatos a la presidencia y contarles todo lo que Jesucristo puede hacer por sus vidas y por este país.

Ante tanta insistencia, no pudo resistirse.

—Esta bien, veré qué hago para estar en la reunión con el general Rojas Pinilla —le dijo.

A la hora acordada, seis hombres, con sus Biblias debajo del brazo, se encontraron en la casa del general. A esa hora, el sitio servía al equipo para dictar las estrategias de campaña en busca de la presidencia de la República.

El pastor, sentado tan lejos como podía, observaba al general dando la bienvenida a su casa. Sin esperar más, Luis Vásquez tomó la palabra y, en medio de los asesores, levantó la voz para explicar escuetamente las razones de su visita.

—Vinimos a hablarle de Cristo, general —aseguró mirándolo fijamente—. Es tiempo de arrepentirse. La Biblia dice:

«Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».

Mientras hablaba, el pastor lo miraba incómodo sintiendo desacertado el tono utilizado frente a este singular auditorio y pensando que su discípulo equivocaba el mensaje. Pero Vásquez no se detenía. Sin pensarlo dos veces, lanzó un desafío señalando al general, el mismo general protagonista de un golpe de estado y, además, promotor de una «amnistía» que cubrió de sangre al país.

—General, si quiere aceptar a Cristo, levántese ahora —lo instaba Vásquez.

En ese momento el general se levantó de la silla. Otros dos integrantes de su equipo de campaña hicieron lo mismo.

El Pastor observaba desde lejos pensando:

«¡Qué hipócrita este tipo!»

Incrédulo lo juzgaba. Para él, el general, puesto en pie, no era más que el enemigo de su infancia, vestido ahora de candidato presidencial.

Pero ignorando estos pensamientos, Vásquez continuó:

—Arrodílese para que pueda orar por usted, si quiere conocer a Cristo.

Sin decir ni una palabra, el pastor seguía la escena con total escepticismo mientras se decía:

—Luis no puede entender, este hombre quiere nuestros votos, no le importa lo que le estamos diciendo, ni la fe, ni Jesucristo, ni ningún mensaje.

Pero, cuando volvía a traer a su memoria el odio alimentado durante tantos años por los muertos de la violencia, oyó la voz de Vásquez llamándolo desde el centro de la sala:

—Pastor Pardo, venga para orar por el general.

Pero él se sentía incapaz de pararse de su silla y elevar una oración al cielo por este militar a quien culpaba de la muerte de sus amigos y de la violencia que llevó más tristeza e incertidumbre a su casa.

—Pastor —insistió Vásquez—, venga a orar por el general. Pero no se movía. Cuando lo llamó la tercera vez, se quedó pensando:

«No sé cómo orar a Dios por este hombre. Este tipo es mi enemigo».

A regañadientes pedía ayuda al Señor, pero su corazón se resistía. Sin fuerzas para odiar, obedeciendo la voz del Espíritu Santo, caminó hasta el centro de la reunión. Compungido y angustiado, empezó a repetir las promesas de Jesucristo para quienes llegan ante él con un corazón arrepentido. Sus palabras guiaban al general en una oración de entrega al Señor Jesucristo en tanto él también entregaba, en el mismo altar, odios y celos. Oraba con el general mientras en su mente suplicaba a Dios por sus propios sentimientos. Lentamente, en secreto, en ese momento, el Pastor lo perdonó y experimentó una libertad genuina que no había conocido antes.

Hoy, el pastor Pardo no recuerda lo que dijo, pero sabe cómo cambió su corazón. Al finalizar, cuando el general se puso de pie, él lo abrazó. Era como si Héctor, el joven, perdonara todos los odios engendrados diecisiete años atrás, era volver su vida a 1953 y dar otra oportunidad a todos los que le hicieron daño. Así, la lucha del pastor cambió definitivamente, sin resentimientos ni odios de por medio, porque comprendió que únicamente en el nombre de Jesús de Nazareth se encuentra la verdadera reconciliación.

En 1975, el Pastor Héctor J. Pardo fue invitado a presidir los actos funerarios para el sepelio de Pedro León Arboleda, líder del partido comunista.

En 1974, él y Mechitas se habían convertido en los padres de David, Alexandra y Fernando. Pastoreaban una iglesia en el centro de la ciudad y oraban constantemente para que Dios les ayudara a servir a la paz. Una tarde, cuando los niños regresaban del colegio, el Pastor los llevó a una habitación, los sentó en la cama y empezó a contarles paso a paso lo vivido en el pasado. Alexandra tenía siete años. No entendía muy bien el alcance de todas las palabras de su padre, pero una frase retumbaba en sus oídos una y otra vez mientras él hablaba: «la violencia no conduce a nada, hay que dialogar, hay que hablar». Sentados, en la cama, los niños lloraron con su papá en tanto les revelaba hasta dónde había llegado en el pasado, pero luego volvía a repetir: «La violencia no conduce a nada, hay que dialogar, hay que hablar». Desde ese día la situación del país fue un tema habitual en la casa y una petición ferviente en sus oraciones. Tal vez por esa razón ninguno de los cinco integrantes de la familia Pardo se sorprendió cuando, en 1984, una voz desconocida amenazó por teléfono anunciando una visita:

—Pastor Pardo, nosotros sabemos donde estudian sus hijos, sabemos la dirección de su casa y de la iglesia, espérenos mañana y no le avise a nadie, tenemos que hablar con usted de un tema muy delicado.

Al medio día, Mechitas recibió a los niños, encerró a Alexandra y a Fernando en una habitación y les prohibió rotundamente salir de ahí. Por la ventana podían ver a varios hombres apostados alrededor de la casa. Vigilaban los movimientos de los Pardo y estaban por todos lados.

—No pueden abrir esa puerta pase lo que pase. David va conmigo a la cocina, voy a preparar algo para unos señores que vienen a hablar con su papá. Ustedes no pueden salir de la pieza —repetía Mechitas.

David caminó detrás de su mamá y entre tanto el pastor oraba en la sala, el niño esperaba para servir el café. A las seis y treinta de la tarde, unos golpes en la puerta acabaron con la espera. Tres hombres entraron a la sala de la casa y sin titubear le dijeron al pastor:

—“Hemos matado ocho pastores. Ustedes los evangélicos deben apoyar la revolución, venimos por la cuota que les toca” —le decían amenazándolo.

—Pues adelante, seré el noveno —respondió, también sin titubear.

Los guerrilleros se miraron y uno de ellos tomó la palabra para presentar a sus acompañantes. No dijeron nombres, solo le hicieron saber que cada uno representaba una fracción armada:

—Soy del M-19, los compañeros son del ELN y de las FARC.

—Mire, milité en la guerrilla —respondió—, pero ahora trabajo con la revolución del evangelio.

—Entonces perdimos a uno de los nuestros —respondió quien se había presentado como guerrillero del M-19.

—No señor —dijo—, mi lucha continúa, pero ahora empuño un arma diferente, la Biblia, porque aprendí que la violencia solo engendra más violencia. En este país hay mucha injusticia, pero pienso que la forma de traer la justicia es otra.

Con esas palabras el tono de la charla cambió, los cuatro se acomodaron en la sala, recibieron el café preparado por Mechitas y servido por David. Sin sutilezas, trataron de establecer una cuota que según ellos las iglesias debían pagarles. Pero a cada argumento el pastor respondía explicándoles el compromiso del evangelio con las necesidades del hombre. Fue ahí cuando el guerrillero del M-19 les contó de su vida. Su madre era cristiana.

—Sé que constantemente ora por mi vida —les dijo.

Así, el tema de la cuota y del dinero comenzó a diluirse en el ambiente. Pasadas varias horas, les aclaró:

—Ni un peso de las iglesias, representadas por mí, pasará a las manos de los movimientos armados.

Por aquellos días él presidía la «Confederación Evangélica de Colombia», CEDEC, y dada la vocería concedida por la entidad, los grupos armados consideraban su figura válida para definir la cuota revolucionaria de las iglesias.

Unos minutos antes de las doce de la noche, el más callado de los tres, que se había identificado como guerrillero de las FARC, estaba listo para irse. Entonces el Pastor se dio cuenta que tres cajas de Biblias, repartidas esa semana, habían sobrado y estaban puestas en una esquina de la sala. Se levantó de la silla y le ofreció una de ellas al hombre de las FARC.

—No recibo esas cosas, déselas al compañero del M-19 — contestó inmediatamente con evidente molestia.

Sereno, el pastor le preguntó:

—¿Alguna vez la has leído?

—Jamás —respondió—, y no tengo ninguna intención de hacerlo.

—Si no la has leído, ¿cómo sabes lo que creemos y por qué nos persigues por eso? —le preguntó.

Él la tomó entre sus manos mientras el pastor entregaba otras dos a sus compañeros guerrilleros y les pedía permiso para orar.

—Señor, pido que tomes la vida de estos tres incansables luchadores y los llesves por la senda de la justicia. Que la luz del evangelio resplandezca sobre ellos y se conviertan en verdaderos discípulos de Jesús. Que encuentren el verdadero propósito para el cual Dios los creó y que un día, no lejano,

juntos podamos lograr una transformación real en nuestro país. Que sean canales a través de los cuales sus compañeros de batalla conozcan el maravilloso nombre de Jesucristo y que la dignidad, la integridad y la libertad sean la herencia que dejemos a nuestros hijos.

En medio del silencio del auditorio, terminó la oración recordando, en voz alta, el Salmo 1.

«Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado;

Sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche.

Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.

No así los malos, que son como el tamo que arrebató el viento.

Por tanto, no se levantarán los malos en el juicio, ni los pecadores en la congregación de los justos.

Porque Jehová conoce el camino de los justos; mas la senda de los malos perecerá».

Epílogo

Al compartir la experiencia vivida, tengo la intención de provocar una seria reflexión para que busquemos el camino de la reconciliación que tanto anhelamos. En mi hermoso país, llevamos cerca de sesenta años de injusticia y violencia; la sangre de cientos de miles de inocentes ha sido derramada y, como Caín, responden: «¿Acaso soy yo guarda de mi hermano?» Debemos detener esta loca y desenfrenada carrera de destrucción que afecta, no solo a los compatriotas, sino también a otras naciones de la tierra.

Es cierto que la vida humana, comparada con la eternidad, es como «la flor de la hierba. Porque el sol sale con calor abrasador, seca la hierba, y su flor se cae y la hermosura de su apariencia perece». Pero, a pesar de su brevedad, la vida está llena de significado, valor y belleza y no perece con el tiempo; pues Dios ha puesto eternidad en nuestro ser. Los que quieren reducir la vida tan solo a un objeto o un deshecho que flota en el río de la casualidad o el accidente son como aquel que, tratando de hallarle significado a su existencia, negando a Dios tan solo atinó a decir: «vanidad de vanidad».

Hay una descripción muy gráfica de lo que acontece al intentar vivir sin Dios:

Hay gente malvada que no deja que otros conozcan la verdad acerca de Dios. Y Dios, que vive en el cielo, está muy enojado con ellos. Esa gente sabe todo lo que se puede saber acerca de Dios, pues Dios se lo ha mostrado.

Por medio de lo que Dios ha creado, todos podemos conocerlo y también podemos ver su poder. Así que esa gente no tiene excusa, pues saben de Dios pero no lo respetan ni le dan gracias. No piensan más que en puras tonterías y en hacer lo malo. Creen que lo saben todo, pero en realidad no saben nada. En vez de adorar al único y poderoso Dios que vive para siempre, adoran a ídolos que ellos mismos se han hecho: ídolos con forma de seres humanos.

Por eso Dios los ha dejado hacer lo que quieran, y sus malos pensamientos los han llevado a hacer con sus cuerpos cosas vergonzosas. En vez de adorar al Dios verdadero, adoran dioses falsos; adoran las cosas que Dios ha creado, en vez de adorar al Dios que las creó y que merece ser adorado por siempre.

Por esta razón, Dios ha dejado que esa gente haga todo lo malo que quiera. Por ejemplo, entre ellos hay mujeres que no quieren tener relaciones sexuales con los hombres, sino con otras mujeres. Y también hay hombres que se comportan así pues no volvieron a tener relaciones sexuales con sus mujeres y se dejan dominar por sus deseos de tener relaciones con otros hombres. De este modo, hicieron cosas vergonzosas los unos con los otros y ahora sufren en carne propia el castigo que se buscaron.

Como no han querido tener en cuenta a Dios, Dios los ha dejado hacer todo lo malo que su inútil mente los lleva a hacer. Son gente injusta, malvada y codiciosa. Son envidiosos, asesinos, peleoneros, tramposos y chismosos. Hablan mal

de los demás, odian a Dios, son insolentes y orgullosos y se creen muy importantes. Siempre están inventando nuevas maneras de hacer el mal, y no obedecen a sus padres. No quieren entender la verdad, no se puede confiar en ellos. No aman a nadie ni se compadecen de nadie. Saben que Dios ha dicho que quienes hacen esto merecen la muerte, pero no solo siguen haciéndolo sino que felicitan a quienes también lo hacen (Tomado de la Biblia).

Si queremos entender y disfrutar del valor de la vida, el significado de la dignidad y vivir con libertad, tenemos el deber de no reprimir la verdad, pues hacerlo trae consecuencias funestas. La verdad dice «que debemos hacer a otros lo que deseo que hagan conmigo». Aprender a perdonar y valorar la vida de los demás es muy significativo. Lo he aprendido de aquel que dijo: «Yo soy el camino la verdad y la vida».

El autor de las famosas crónicas de Narnia, C. S. Lewis, dijo: «Aquí estoy tratando de evitar que alguno diga la gran tontería que la gente a menudo dice de él: estoy dispuesto a aceptar que Jesús fue un gran Maestro de moral, pero no acepto su declaración de ser Dios. Eso es precisamente lo que no debemos decir. Un hombre que hubiera sido solo un hombre, y hubiera dicho la clase de cosas que Jesús dijo, no hubiera sido un gran maestro de moral. Hubiera sido un loco del mismo nivel del que dice que es un huevo cocido, o el mismo diablo del infierno. Uno tiene que decidir: o bien este hombre fue, y es, el Hijo de Dios o de lo contrario fue un loco o algo peor. Puedes encerrarle por ser un tonto, puedes escupirle y matarle por ser un demonio; o caer a sus pies y llamarle Señor y Dios».

La historia de Jesús es sencillamente maravillosa, y a él rindo tributo y honor. Es a él a quien le debo todo lo que soy.

Cuando él era niño, fue perseguido por el Gobierno de su época, y sufrió junto a sus padres la experiencia dolorosa del desplazamiento. Al regresar a su tierra, se instalaron en una pequeña aldea llamada Nazareth. Allí, al lado de su padre, aprendió el arte de la carpintería para sobrevivir. A causa de la pobreza, sus padres no pudieron darle educación formal, sin embargo, a los doce años asombró a los doctores con su sabiduría. Cuando fue adulto, a pesar de sus limitaciones académicas, quienes lo oían se admiraban de sus enseñanzas porque lo hacía con autoridad y no como los maestros y doctores de su época. Sin haber escrito ningún libro, ha puesto millones de plumas en movimiento, comentando su vida y enseñanzas. Sin haber fundado ninguna universidad, cuenta con más discípulos que todos los centros educativos juntos.

Él ha sido el tema principal de hermosas obras de arte, poemas, canciones y sermones. Historiadores, científicos, estadistas, educadores, empresarios, deportistas, reformadores y revolucionarios han hallado en él la inspiración para llevar adelante sus grandes obras y transformaciones. Sus enseñanzas han dignificado a la mujer, a los niños y terminaron con el horrendo oprobio de la esclavitud. Le han dado sentido y valor a la vida. Inclusive ha señalado con su vida un punto de referencia de lo que significa ser hombre. Su misión en este mundo fue la de hacer de la raza humana una familia que pudiera llamar a su Creador: «Padre nuestro», y que viviéramos en paz, amor y armonía.

Cuando era joven, observó cómo la opinión popular se volvía contra él, aunque no podían encontrar nada para acusarlo. Uno de sus seguidores lo traicionó. Otro lo negó y los demás

huyeron dejándolo solo en medio de una turba frenética y desorientada. Sufrió en forma indecible y recibió una sentencia que no merecía. Murió en medio de dos malhechores y fue sepultado en una tumba prestada por un amigo que se compadeció de él. Esta fue sellada y protegida por una guardia «para que sus cobardes seguidores no se robaran el cuerpo». Sin embargo, la muerte no pudo retener su vida, ni sus enseñanzas. Los nombres de los grandes personajes pronto pasan al olvido, pero el de él se engrandece cada día.

Nadie puede negar que la crisis que vive la humanidad se debe al hecho de haberle dado la espalda a los principios que él nos legó. Hoy tenemos que asegurar las puertas de nuestras casas y carros; inclusive colocar alarmas. Hay que firmar contratos con fiadores porque no se puede confiar en la palabra. Nuestros niños y mujeres no pueden caminar tranquilos ni seguros en las calles. Cada día hay que establecer nuevas leyes para castigar acciones vandálicas que se cometen a diario. La corrupción brilla en las cortes de justicia, en los gobiernos, en los congresos y en la sociedad en general. No cabe duda que todo esto se debe a los pensadores modernos que niegan su grandeza y desconocen su enseñanza, que han dado dignidad, integridad y libertad a la raza humana. El conocido escritor Paul Jonson, dice: «Los intelectuales (modernos) olvidan que las personas importan más que los conceptos y deben ser colocadas en primer lugar». Él ha dado valor sin precedente a las personas; sin importar su condición social; el pobre, el marginado, el desprotegido, la viuda, el huérfano y el enfermo hallan lugar en su pensamiento y corazón.

Napoleón Bonaparte le dijo al general Bertrán, un escéptico en lo que concierne a la divinidad de Jesús: «Todo lo de Cristo me asombra. Su temple me infunde respeto, y su voluntad

me confunde ... Él es verdaderamente un ser único. Sus ideas y sentimientos, la verdad que predica, su manera de convenir no pueden ser explicadas por organizaciones humanas, ni por ninguna otra cosa. Alejandro, Cesar, Carlomagno y yo mismo, hemos fundado imperios. Pero, ¿en qué basamos la creación de nuestro imperio? Sobre la fuerza. Solamente él ha basado su imperio en el amor; y ahora mismo millones de hombres están dispuestos a morir por él».

Los que administran el estado deben reflexionar en sus tres ramas de poder: ejecutivo, legislativo y judicial, sobre esta verdad: «La justicia engrandece la nación. El que gobierne a la gente con justicia, el que gobierne en el temor de Dios, será como la luz de la aurora en un amanecer sin nubes». El gran legislador, Moisés, advirtió sobre el peligro de la lujuria del poder, la lujuria del placer y la lujuria de las riquezas. Además dijo:

«Se nombrarán jueces y autoridades, que deberán tratar a todos por igual. Gobernarán y juzgarán al pueblo con honestidad, y no aceptarán ninguna clase de soborno. Los sobornos hacen que una persona sabia y sincera se vuelva injusta. Traten siempre a todos con justicia. Así disfrutarán de la vida y tomaran posesión del país que Dios les dará».

Por eso muchos gobernantes han entendido que es imposible gobernar en justicia sin Dios y sin Biblia. Cuando Dios habló en el monte Sinai, no dio diez sugerencias sino Diez Mandamientos. Las naciones, los pueblos, las familias que han acatado estos principios han sido reconocidos como sabios e inteligentes y han prosperado en forma integral.

Hará bien que los grupos insurgentes también mediten seriamente en las acciones que han venido realizando. No se puede detener la injusticia con injusticia. Existen leyes que

no podemos detener como la de «La siembra y la cosecha». «Todo lo que el hombre sembrare eso también segara». Se deben explorar otros caminos, como el del diálogo, el de hacer conocer los ideales y exponerlos al pueblo. «Cuando las ideas se agotan se recurre a la barbarie o a la intolerancia». Somos concientes que necesitamos profundos cambios en el manejo de la economía, del estado, de la política, de la educación, de los medios de comunicación. Estos no se logran con la violencia.

No necesitamos simplemente acciones asistencialitas sino acciones sociales. Las primeras únicamente atacan los síntomas, las segundas las causas. Unas son como aspirinas, otras como cirugías. Las acciones asistencialitas pueden impulsarnos a llevar una canasta de alimentos a una familia necesitada, pero la acción social busca cambiar las condiciones que causan hambre. Una acude a la Cruz Roja para actuar en medio del conflicto, la otra emplea los medios a su disposición para acabar con el conflicto. Busquemos juntos crear una nación con una cultura de paz, vida, dignidad y libertad que sea ejemplo de sanidad para los demás pueblos de la tierra.

Los que administran y ostentan el poder económico también deben reflexionar sobre las palabras de la Biblia:

Ahora escúchenme ustedes ricos: lloren y griten de dolor por todo lo que muy pronto van a sufrir. Sus riquezas se pudrirán y la polilla les comerá la ropa. El dinero que han estado juntando en estos últimos tiempos se oxidará y ese óxido será el testigo que los acusará en el juicio final, y que los destruirá como fuego.

Ustedes no les han pagado el sueldo a sus trabajadores, y el señor todopoderoso ha oído las protestas de ellos. Ese dinero que no han pagado también los acusará delante de Dios.

Ustedes ricos han vivido con mucho lujo, y se han dado la gran vida en la tierra ... injustamente han acusado y matado a personas inocentes, que ni siquiera podían defenderse.

A los que han experimentado las mieles del poder y las riquezas, les es necesario que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, generosos y dispuestos a compartir lo que les ha sido dado para administrar. Jesús dijo: «La vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee».

Todos los que lean estas páginas tienen el deber de obedecer el gran mandamiento:

«Amarás al señor tu Dios con todo tu corazón con toda tu alma, con toda tu mente con todas tus fuerzas y a tu prójimo como a ti mismo».

Y ¿qué de los líderes espirituales? Debemos exaltar y proclamar el Nombre que es sobre todo nombre, y ante quien toda rodilla se doblara, a Jesús de Nazareth. Recordar que si el poder de los principios y valores que enseñó Jesucristo no corre a lo largo de nuestra tierra, la anarquía y el mal gobierno, la degradación y la miseria, la corrupción y las tinieblas, continuarán sin ninguna fuerza que pueda hacerles frente y las detenga.

Haber experimentado las hieles del odio, la amargura y la venganza me permiten dar testimonio de esta verdad. Crecí al lado de mi padre, quien fue líder intelectual de las guerrillas del Tolima en la década de 1950. Fui uno de los guerrilleros adolescentes, pero a los veinte años de edad tuve un encuentro transformador con Jesús de Nazareth, por eso empecé a entender sus enseñanzas. Los sueños de lucha contra la injusticia no cambiaron, pero el método sí.

Sueño con el día en que el dinero que se invierte en armas para destruir al prójimo sea utilizado en el bienestar de las clases menos favorecidas. En el día en que, como dice el profeta Isafías: «Cuando se convertirán las espadas en arados y

sus lanzas en hoces, y ningún pueblo volverá a tomar las armas contra otro ni a recibir instrucción para la guerra». Pues el único anhelo será andar en los caminos del Señor. Sueño el día en que el amor y la verdad se encuentren, y se besen la paz y la justicia. El día en que nuestros hijos, nietos, bisnietos y demás generaciones puedan disfrutar de la vida y de la abundancia de las riquezas que Dios ha dado a nuestra incomparable tierra, y los matrimonios puedan vivir en paz con ellos. En el que se respete la vida desde el mismo momento de la concepción y se reconozca que es sagrada.

Sueño con el día glorioso que inspiró el corazón de Simón Bolívar y los que lucharon a su lado, para hacer realidad la causa bolivariana y que quedó plasmada en forma extraordinaria en esa incomparable estrofa del himno patrio de Colombia:

«Ceso la horrible noche
La libertad sublime
Derrama las auroras
De su invencible luz.

La humanidad entera
Que entre cadenas gime
Comprende las palabras
Del que murió en la cruz».

Ellos entendieron que la verdadera libertad únicamente se alcanzará cuando comprendamos «Las palabras del que murió en la cruz».

Todo lo anterior me lleva a confesar mi fe en Jesucristo, pues él me ha dado una perspectiva coherente de la vida, de la historia y la realidad. Él ha encomendado una causa para trabajar, vivir y morir por ella. Me enseñó a amar y a perdonar, y me ha legado el privilegio de proclamar el único mensaje

que trae esperanza a los desesperanzados y nos invita a ser sus seguidores.

Nota: Reconstruir años de dolor y sufrimiento y desesperanza no fue fácil. Muchas veces fui animado a hacerlo pero me faltaban fuerzas. Recordar a mi padre, que fue el héroe de mi vida, mi ejemplo en honestidad y transparencia, me causa un sentimiento extraño. Quisiera que estuviera presente para que enriqueciera esta historia; pero ya partió con Cristo a un mundo mejor. Igual a mi madre, que con su paciencia, amor y perseverancia, desde cuando fue transformada por el Señor, no cesó de interceder porque mi vida fuera impactada por Jesucristo. Ella se aferró a la promesa bíblica: «Cree en el señor Jesucristo y serás salvo tú y toda tu casa». También en la eternidad es pastoreada por Jesús y guiada a fuentes de agua viva.

Quiero expresar el agradecimiento a mi esposa e hijos por el apoyo que me han brindado en la causa tan noble que ahora encarno. A mi asistente y al equipo de trabajo que han sido un valuarte en el ministerio que desempeño. En especial, y con mucha gratitud, a la periodista Alba Judith Santoyo que, con paciencia, me escuchó y me ayudó a reconstruir esta historia que espero el Creador utilice en su propósito para dar esperanza en medio de la oscuridad que a veces sentimos en el destino de nuestra patria y de América Latina.

«Al que esta sentado en el trono y a su Hijo Jesús sean la alabanza y la honra la gloria y el poder por los siglos de los siglos».

Héctor J. Pardo
Su pastor y amigo

DESDE LA OTRA TRINCHERA

UNA HISTORIA QUE NACIÓ EN LAS GUERRILLAS COLOMBIANAS
Y DESDE ALLÍ FORJÓ UN COMPROMISO DE RECONCILIACIÓN

Este libro cuenta parte de la vida del pastor Héctor J. Pardo. Debido a que es una reconstrucción de sus recuerdos está afectada por los años que permaneció guardada en su memoria.

«Al compartir la experiencia vivida, tengo la intención de provocar una seria reflexión para que busquemos el camino de la reconciliación que tanto anhelamos. En mi hermoso país llevamos cerca de sesenta años de injusticia y violencia; la sangra de cientos de miles de inocentes ha sido derramada, y, como Caín, responden: ¿Acaso soy yo guarda de mi hermano?»».

Debemos detener esta loca y desenfrenada carrera de destrucción que afecta no solo a los compatriotas, sino también a otras naciones de la tierra.

Todos los que lean estas páginas tienen el deber de obedecer el gran mandamiento **«Amaras al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas y a tu prójimo como a ti mismo»».**

Y ¿qué de los líderes espirituales? Debemos exaltar y proclamar el Nombre que es sobre todo nombre, y ante quien toda la rodilla se doblara, a Jesús de Nazaret.

Recordar que, si el poder de los principios y valores que enseñó Jesucristo no corre a lo largo de nuestra tierra, la anarquía y el mal gobierno, la degradación y la miseria, la corrupción y las tinieblas, continuaran sin ninguna fuerza que pueda hacerles frente y las detenga.

Haber experimentado las huelas del odio, la amargura y la venganza me permiten dar testimonio de esta verdad.

El pastor Héctor J. Pardo tiene bastos reconocimientos otorgados, entre otros, por el Concejo de Bogotá y el Congreso de la República de Colombia. Sin embargo, y pese a los reconocimientos logrados, uno de los motivos de alegría más importantes en su vida siguen siendo Mechitas, su esposa, David, Fernando, Alexandra, Diana Maritza sus hijos, junto con los nietos, que se suman a su familia: Jhonathan, Andrew David, Allie, Ricardo Andrés, Laura Daniela, David Esteban y María Paula. Así como el ministerio de reconciliación que Dios le ha dado.